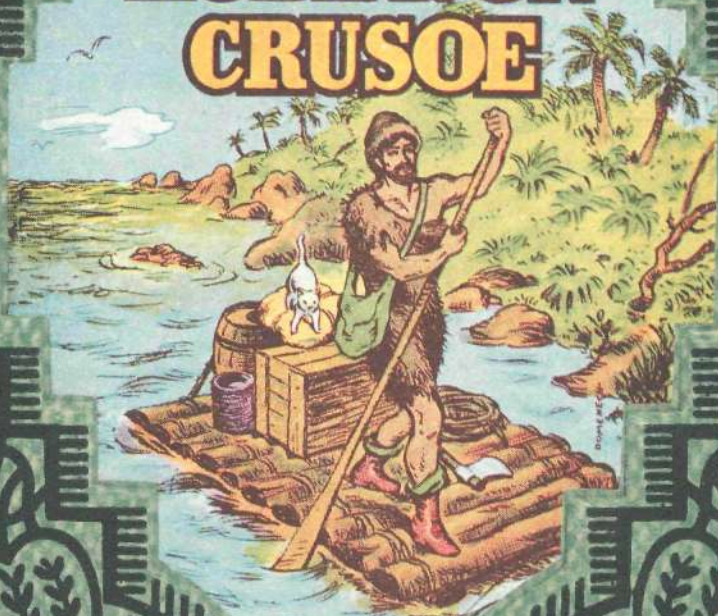


FOE
ROBINSON
CRUSOE



Aventuras
de Robinson Crusoe

CBV/F-82-4

FOE

Aventuras de Robinson Crusoe

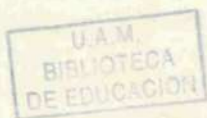
por
Daniel de Foe

(Edición especial para niños)

Nueva Edición



Reg.-Ed. 40540



Editorial
Dalmáu Carles, Pla, S. A.
Gerona-Madrid

Talleres Dalmáu Carles, Pla, S. A - Juan Maragall, 34 - Gerona



Daniel de Foe

De Foe o Defoe, fue de humilde origen, pues su padre poseía una modesta carnicería; de muy joven defendió ardorosamente el gobierno constitucional y el protestantismo.

Consiguió relacionarse con el rey de Inglaterra, y, en 1701, con ayuda del soberano, publicó un libro con el título "El verdadero ciudadano inglés".

Dedicóse con ardor a la política, y se interesó también por las cuestiones económicas de su país, escribiendo a tal fin un tratado sobre "Historia del Comercio".

Confiaba que, al advenimiento de Jorge I, le serían reconocidas y recompensadas sus actividades políticas; pero como no fue así, alejóse desilusionado de la vida pública, dedicándose de lleno a la literatura; y fue entonces cuando produjo esta maravillosa obra "Robinson Crusoe", que ha inmortalizado su nombre. Vivió de 1661 a 1731.

Aventuras de Robinson Crusoe

CAPÍTULO I

Robinson hace la relación de sus primeras faltas

Un ligero viento impelía rápidamente sobre las olas un buque procedente de San Salvador, puerto del Brasil, que navegaba con rumbo a las costas de Guinea, en África, para hacer allí el comercio de negros. Este barco, cargado de quinacallería, y armado de seis cañones, iba tripulado por catorce hombres, incluso el patrón, su hijo, y el que velaba sobre los intereses de las personas a cuyas expensas se había tripulado el navío. Se llamaba *Robinson Crusoe* este último. Estaba sentado en el puente, y tenía visos de estar embebido en melancólicas y profundas reflexiones.

Hallándose el patrón, que era portugués, disfrutando de algunos momentos de descanso, sentóse a su lado, y le dijo:

— “¡Y bien! señor inglés (porque la gente que formaba la tripulación llamaba así a Robinson, que en efecto había

nacido en Inglaterra), ¿qué dice usted de nuestro viaje? ¿No ha dado principio de un modo que nos hace esperar que el curso suyo será dichoso? Hace ya doce días que estamos en el mar, y no hemos experimentado siquiera un simple obstáculo.

— Aguardemos, dijo Robinson; un momento desgraciado puede hacer olvidar años enteros de prosperidad.

— ¡Ah! ¡ah! repuso el portugués, tiene usted hoy ideas bien negras.

— Nace de que este día me trae, efectivamente, a la memoria, dolorosos recuerdos.

— ¿Cómo es eso?

— Siete años hace hoy... sí, hoy mismo, siete años que, por efecto de la más abominable ingratitud, abandoné al mejor de los padres y a la más tierna de las madres.

— Peor que peor, señor Robinson; semejantes recuerdos no sirven de agradables compañeros en los viajes. Pero usted es joven, y volverá a ver a su patria; sus padres vivirán, se echará usted

a sus pies, le perdonarán, y será feliz todavía...

— Mi ánimo sería seguir el consejo de usted, replicó Robinson; pero como paso todo el año en hacerme sordo a mi yerro, es cosa justísima que destine a lo menos un día al arrepentimiento, y no sé por qué la aflicción que me abruma en este día es más fuerte que la que experimenté hasta ahora.

— El pesar le tiene agitado a usted, dijo el capitán; pero anime y tenga esperanza; pues su padre le bendecirá.

— ¡Triste de mí! repuso Robinson, no dudo de su bondadoso corazón, y lo tengo experimentado millares de veces; me consta que si tengo la fortuna de volverle a ver, me apretará todavía en sus brazos: pero ¿podré perdonarme a mí mismo el mal que le he causado, la amargura que he derramado sobre sus ancianos días, y las lágrimas que tengo arrancadas de sus ojos?

Nací en la ciudad de York, en Inglaterra. Mi padre, después de haber formado un considerable caudal por medio del comercio, se retiró a una linda casa de campo, para pasar allí una vejez exenta de trabajos y zozobras. No tenía entonces más que cincuenta años, y podía esperar vivir todavía otros muchos. Era yo su único hijo.

Robinson, me decía mi padre; si eres prudente, puedes ser el más afortunado de los hombres; no tendrás nada que apetecer de cuanto es necesario, y no te verás excesivamente encumbrado para servir de estímulo a la envidia.

¡Ay de mí! hablaba mi padre a un hombre que no era digno de aquella di-

cha que él le había preparado. Un genio inquieto y ansioso me martirizaba desde el instante en que se había formado mi razón; y el deseo de embarcarme, y ver lejanos países, me dominaba constantemente. Atrevíme a hablar de ello; y mis primeras palabras sobre esta materia dejaron consternada toda la casa. Ví las lágrimas de mi madre. Esto hubiera debido cerrarme la boca sobre este asunto para siempre; pero volví mil veces sobre él y no temí ofender el corazón de los mejores padres.

El mío me decía consternado:

— ¿Y qué quieres ir a buscar tan lejos? ¿Crees hallar allí más paz que en esta casa, y más cariño que al lado de tu madre? Deja, hijo mío, deja a los aventureros el trabajo de buscar una fortuna que les falta, y disfruta de la que Dios permite que yo te deje. Te atormenta tu imaginación, o tal vez estás fatigado de tu ociosidad. Pues bien, abraza una profesión, toma un empleo.

De esta manera me habló mi padre. Vime fuertemente conmovido con ello; se me saltaron algunas lágrimas; me creyeron enteramente corregido de mi loco error y creí yo mismo, por el pronto, haber abandonado sinceramente el proyecto de viajar; pero las quimeras que había alimentado en mi ánimo hacía ya tanto tiempo, se despertaron poco a poco, y me dominaron otra vez.

Quizás hubiera tardado todavía mucho tiempo en ejecutar el designio de huir de mi casa, si la ocasión no se hubiera presentado por sí misma. Hallándome un día en Hull, adonde había ido, encontré allí a uno de mis camaradas, que es-

taba para partir por mar a Londres en el barco de su padre. Convidóme a que le acompañara y para inducirme mejor a ello, me manifestó que la travesía no me costaría nada. Poseído del mayor gozo, me instalé a bordo del barco sin comunicar nada a mis padres, y bien presto creí colmados mis deseos al verme distante de la playa. Este día, el más aciago de los de mi vida, fue el 1.º de septiembre. Hace siete años, como se lo llevo dicho a usted, y me hallaba entonces en los veinte míos.

No permanecí mucho tiempo sin experimentar pesares; una borrasca que nos cogió en la travesía, y que nos hizo ver cercana la muerte, me pareció un castigo del cielo, y me infundió un ardiente deseo de volver a la casa paterna, desde que se me presentase una facilidad para ello. Por desgracia se desvanecieron con la borrasca estas buenas ideas. Habiendo llegado a Londres me paseé por la ciudad sin preocuparme mucho de cuál sería mi paradero.

Mientras que deliberaba yo sobre la resolución que debía tomar, supe que un navío estaba en visperas de hacerse a la vela por las costas de Guinea. Las gentes que me hablaban de este viaje, me le pintaban con los más agradables colores. Lo que me decidió, fuera de esto, es que hice conocimiento con el capitán del navío y que tuve suficiente tiempo para convencerme de que era un hombre honrado y lleno de franqueza. Púseme sin dificultad bajo su salvaguardia. Me dió excelentes consejos que tuve el buen espíritu de seguir: puse en la aventura una cantidad que era, a la verdad, corta, pero

que se multiplicó mucho con la probidad y desinterés del capitán. Me salió todo a pedir de boca, y a mi vuelta del África halléme poseedor de una cantidad de trescientas libras esterlinas (1). Sugiriéndome este acierto vastos proyectos, para los que no me había habilitado, me precipitó hacia mi ruina. En vez de volver al lado de mi padre en busca de mi perdón, volví a embarcarme de nuevo para Guinea, con la esperanza de hacer una rápida fortuna, y volver después a mi país. Me castigó Dios por este afecto ambicioso que me hacía olvidar el cariño de los padres. Nuestra navegación fue extremadamente mala esta vez, y cuando estábamos entre las islas Canarias y las costas de África, nos asaltó un corsario turco de Salé, y después de un tenaz combate, se apoderó de nuestro barco, y nos redujo a esclavitud.

Caí en repartimiento al capitán turco, que me llevó a Salé, puerto perteneciente a los moros. Mi condición, en esta cautividad, no fue tan horrorosa como yo había esperado: pues mi patrón era hombre humanitario. Me llevó a su casa de campo, que estaba a orillas del mar, y me dió el encargo de cultivar el jardín. Iba yo también algunas veces a la pesca con él, o con algún criado suyo. Esperé por espacio de dos años enteros la dicha ocasión que debía restituírme la libertad; presentóse ella por último, y no la malogré.

Habiendo ideado mi amo el proyecto de una pesca en compañía de tres o cua-

(1) La libra esterlina vale algo más de 25 pesetas, a la paridad del cambio, pero se cotiza a bastante más.

tro amigos suyos, me mandó llevar en la barca provisiones de boca y algunas escopetas, para tirar a los pájaros, si se presentara alguno; pero a la hora de la pesca, mandó decirme que él no podía venir; pero que, sin embargo, como sus amigos habían de comer con él, y necesitaba el pescado, iba a enviarme un hombre y un muchacho y saldríamos los tres para pescar a lo largo de la costa.

Este aviso hizo en mí una impresión extraordinaria. Tomé al punto mi resolución, y lo dispuse todo para el gran proyecto en que meditaba tanto tiempo hacía. Llevé con toda prisa algunos panes más y bastante bizcocho a la cabaña de la barca; y aumenté la provisión de pólvora, agregando a ella algunas balas.

No bien había acabado, cuando llegaron el hombre y el muchacho. Desatamos la barca, y nos alejamos de la playa. Dábame fortísimos latidos el corazón a la idea de lo que iba a emprender. Vino el cielo en auxilio mío: una niebla, que se levantó, impidió ver desde la costa lo que pasaba a cierta distancia en el mar.

Luego que hubimos llegado al sitio de pesca, me aproveché del momento; y viendo a mi compañero sobre el borde de la barca, le eché al agua; sabía que afortunadamente podía nadar para ganar la orilla.

Amedrentado el muchacho, púsose de rodillas, temeroso tal vez de que intentara matarle. Le tranquilicé, y le prometí tratarle con suavidad si quería auxiliarme. Juró que me obedecería en cuanto yo le mandara.

Como me hallaba persuadido que los moros vendrían en alcance mío por el

lado de España, me dirigí por la parte contraria, subiendo hacia el sur a lo largo de la costa. No debía hallar yo por aquel lado más que regiones desiertas, o habitadas por pueblos bárbaros; pero temía entonces menos las fieras y salvajes, que el caer en manos de los moros.

No le contaré a usted cuánto tuve que sufrir durante veinte y tantos días que anduve errante en las costas de África. Bajé a tierra muchas veces para hacer agua, y matar algunos animales que pudieran servir para nuestro sustento. Finalmente, entre Cabo Verde y las islas que llevan su nombre, nos encontró un navío portugués, que se apresuró a socorrernos. El capitán nos hizo una bondadosa acogida, y le conmovió la relación que le hice de mis aventuras. Le ofrecí cuanto había en posesión mía, es decir, mi barca y cuanto ella contenía, que no era un presente de despreciar. Dióme gracias.

— Me encargo de todo el caudal de usted, me dijo, y le llevaré a usted conmigo al Brasil, a donde voy; pero todo se le devolverá allí con la más escrupulosa fidelidad.

Cumplió con su promesa. En el Brasil, restituyó cuanto me pertenecía, y me aconsejó vender mi barca para hacer dinero, y volverme a mi país. No ejecuté sino a medias este consejo; vendí la barca, y con el dinero que saqué de ella, igualmente que de los demás objetos que estaban en posesión mía, compré algunas tierras para fundar una plantación, con la esperanza de que me sería propicia la fortuna, como ella lo había sido con otros. Este designio hubiera sido pru-

dente por parte de un hombre que no hubiera tenido otros arbitrios; pero ¿qué necesidad tenía yo de buscar la fortuna en el Brasil, con muchas molestias, mientras que ella me aguardaba sosegadamente en mi patria? Pero se me había puesto a la cabeza el no volver a mi país más que con riquezas, a fin de que me hiciesen menos cargos por no haber seguido más que mis ideas. Me aproveché de una ocasión para hacer venir de Londres los caudales que había dejado allí al partir para mi segundo viaje de África.

Con este dinero y una continuada tarea, he hecho fructificar mi plantación; he cuadruplicado lo que yo tenía, en los cuatro años de mi estancia en el Brasil: pero hallo que esto no marcha con suficiente celeridad; quiero exponerme todavía a las contingencias y aceleraré quizás por este medio el momento en que me sea posible volver a presentarme en el estado que apetezco delante de mis padres y compatriotas. Me fastidia la vida de plantador, y experimento la necesidad de volver a mi país.

— Y bien, y bien, señor Robinson, dijo el capitán, anímese usted, y espere; tal vez no está lejano el día en que podrá usted abrazar a sus padres.

— ¡Dios oiga a usted, capitán! No es el interés quien me hace desear esto, sino las ganas de ir a buscar al lado de mis padres el sosiego de mi conciencia. Veo, que en adelante, no hay para mí felicidad, mientras mi padre no me haya dicho:

“Te perdono, hijo mío, el dolor que nos causaste”.

CAPÍTULO II

Naufragio

Robinson y el patrón del navío estaban conversando, y mientras tanto iba desapareciendo el sol detrás de varios nubarrones del horizonte, cercándolos con un encarnado vivo; la noche comenzaba a oscurecer el cielo, y el mar y el viento se dejaban oír con más fuerza que antes.

Marchóse el capitán adonde le llamaban sus quehaceres, y Robinson se retiró a su rústico camarote y se tendió sobre su hamaca para continuar entregándose a los tristes pensamientos que atormentaban su ánimo.

Se había dormido al fin, olvidando sus pesares, cuando se vió súbitamente despertado por el ruido de la tripulación, por los vientos que silbaban en las velas, y por las olas que batían los costados del bajel.

Apresuróse a subir al puente. Se había levantado un huracán a la mitad de la noche, y con tanta violencia, que era de temerse todo. No se calmó esta violencia a la vuelta del día, y los marineros, acostumbrados a aquellos climas, previeron que el peligro no cesaría tan presto. En efecto, el barco no hizo sino derivar durante unos doce días consecutivos, obligado a obedecer al furor de los vientos; y la tripulación, atemorizada de continuo, creyó que cada uno de estos días era el postrero. Tres hombres perecieron en el curso de esta tormenta; dos cayeron al mar, y el último murió de enfermedad. El navío, por efecto de la bo-

rrasca, hacia agua, y el peligro era mayor a cada momento.

Últimamente, cesó algo el viento hacia la tarde del duodécimo día. El patrón se aprovechó de este instante de descanso para tomar la *latitud*, y reconocer en qué paraje se hallaban. Teniendo consejo después con Robinson, convinieron en la imposibilidad de pasar más adelante, y resolvieron dirigirse hacia la Barbada o hacia alguna de las islas habitadas por los ingleses, con la esperanza de recibir algunos socorros allí.

Pero no debía llevarse a ejecución este propósito; una segunda borrasca se llevó el navío con igual impetuosidad que la primera, y le alejó tanto de todos los lugares en que reina el tránsito de la sociedad humana, que si las gentes de la tripulación llegaban a libertar su vida de la furia de las aguas, había muchas más apariencias de que las devoraran los salvajes, que de que ellas hallasen medios para volver a su país.

En tanto, silbaba siempre con violencia el viento; y comenzando a rayar el día, exclamó uno de los marineros: *¡Tierra, tierra!* Apenas hubieron salido todos, para ver cuál era aquella región afortunada por la que anhelaban con tantas ansias, cuando el navío dió en un banco de arena, y cesó repentinamente su movimiento. Entraron en él tan precipitadas las olas, que contaron todos con perecer inmediatamente; poseídos de espanto, los marineros se aprestaban contra las bordas del bajel, para guarecerse de la furia del oleaje. Ni aun siquiera podían esperar que el barco permaneciese algunos minutos sin hacerse pedazos,

a no ser que de repente sobreviniese una calma por efecto de una especie de milagro. Todos se quedaron inmóviles, esperando por momentos la muerte y preparándose para la otra vida.

Las cosas, contra la esperanza que se había tenido sobre ellas, permanecieron así todavía por algún tiempo, y no se hizo pedazos el navío; el patrón, para reanimar algo a su tripulación, les decía que comenzaba a abatirse el viento. Pero, cuando se aplacó efectivamente, no podían concebirse muchas esperanzas, porque el navío estaba hundido en la arena para que fuera posible separarse de ella.

Habiendo pasado ya el primer momento de pavor, pensaron de veras en liberarse a lo menos de la muerte y refugiarse en la tierra que veían tan cercana. Lo cual era tanto más dificultoso, cuanto habían perdido la lancha mayor que estaba amarrada al navío, y la chalupa parecía muy pequeña para sostenerse, dada la violencia de las olas: este era, sin embargo, el último recurso; y este recurso urgía tanto más, cuanto a cada instante parecía que el barco debía hacerse astillas.

Tomó pues el piloto esta chalupa; le ayudaron todos, y la echaron al agua. Entraron en ella once personas; eran las únicas que quedaban de la tripulación, y habiéndose encomendado a la misericordia divina, se abandonaron a la furia de las olas. Aunque se había calmado notablemente la tormenta, subían las olas todavía a una tremenda altura junto a la tierra; era visiblemente imposible que la frágil lancha no se estrellase contra las rocas, o que no se hundiese en las embra-

vecidas olas. La impelía el viento con tanta violencia que no era necesario pensar en dirigirla; los infelices náufragos, a pesar de sus esfuerzos, se veían llevados como a la ventura, y tenían a su vista la muerte en cada oleada que los levantaba. Pálidos todos, turbados, y careciendo ya de fuerzas para hablarse, proferían únicamente el nombre de Dios al que invocaban, o soltaban algunos gritos que el pavor les arrancaba. El peligro que corrían tomaba nuevo incremento con la ignorancia en que se hallaban con respecto a la costa a que se esforzaban en arribar: ¿era baja o elevada? ¿No les presentaba aquel país mismo un asilo tan peligroso como el más irritado mar? ¿Estaba desierto, o habitado por bárbaros o fieras? Aconteciéseles lo que fuese, parecía cierta su ruina. Últimamente, después de haber remado o por mejor decir, derivado el espacio de legua y media, una ola grandísima, parecida a una montaña, se elevó, rodó de un modo espantoso junto a su frágil embarcación con tremendo ruido, y al caer engullióse la desgraciada navecilla y a los que iban en ella: todos desaparecieron bajo esta descomunal mole.

No puede describirse este horrible momento, cuya pintura sobrepasa a las fuerzas humanas. Únicamente un hombre sobrevivió a aquella horrenda catástrofe: Robinson Crusoe. Después de haberse visto llevado por las olas con una violencia que agotó sus fuerzas, se halló en seco, y medio muerto, mucho más cerca de la tierra de lo que él hubiera podido esperar. Asimismo con esta vista, y con el dominante deseo de nuestra conserva-

ción, que habla tan recio a nuestros pechos, hizo un esfuerzo, se levantó, y procuró adelantarse hacia la tierra, antes que las aguas volviesen y se apoderasen de él otra vez. Parecióle casi imposible el conseguirlo; porque mirando detrás de sí, vió otra ola, tan alta y embravecida como la primera, que iba a caer sobre él. Cuánto nuestro náufrago tenía que hacer era retener el aliento, levantarse sobre el agua, si le era posible, y bogar hacia la playa. Tenía que temer después que la misma ola le volviese a llevar bien adentro del mar. Mientras pensaba sobre el medio de libertarse de la muerte, le cubrió la ola con una mole de agua de veinte a treinta pies de altura, y le impelió rápidamente hacia la costa. Retenia su aliento para no ahogarse; por fortuna, se sintió de repente con la cabeza fuera del agua; pudo respirar, y recobrar nuevas fuerzas. Volvió a cubrirle el agua al momento; pero echando de ver que la oleada se había roto, y que empezaba a retirarse, hizo un esfuerzo supremo, se abalanzó hacia adelante, y conoció con gozo que pisaba tierra firme.

Permaneció por algunos instantes sin hacer nada, para recuperar la respiración y aguardar que se hubiesen retirado las aguas; corrió después hacia la orilla con toda la celeridad de que era capaz. No bastó esto para libertarle enteramente del furor del mar, que llegó a caer de nuevo sobre él; y aún le llevó otras dos veces, y bien adelante, como ya le había sucedido, por hallarse muy llana la playa.

Poco faltó para que el último asalto de estos no fuese infausto para el desgraciado Robinson, porque habiéndosele

llevado el mar como anteriormente, le arrojó contra una peña, y tan de recio, que perdió el sentido y facultades para obrar en su preservación: el golpe que había recibido en su pecho le privó la respiración por algún tiempo.

Comenzaba a volver ya en sí, cuando oyó que las olas volvían a caer con su acostumbrado estruendo; fue su primer impulso aferrarse en el pedazo de peña contra el que había sido arrojado. No eran ya las olas tan altas como al principio, porque estaba cercana la tierra; y no soltó la piedra hasta después que ellas hubieran pasado y repasado por encima de él. Después de lo cual dió otra carrera, que le acercó tanto a la tierra libre, que las oleadas que de nuevo llegaron a cubrirle, no fueron bastante fuertes para llevárselo de nuevo. Últimamente, no tuvo ya necesidad de correr más que una sola vez para llegar al término de aquella penosa carrera, y verse fuera de peligro; tocó en la playa, subió a una pequeña eminencia, y allí cayó de cansancio y extenuación. Estaba salvado.

Esta idea de su preservación derramó en su pecho uno de los más vivos gozos, y le restituyó una parte de sus fuerzas. Se levantó pronto, sostúvose en sus rodillas, y tendiendo las manos hacia el cielo, dio gracias a Dios por la dicha que tenía de vivir todavía.

CAPÍTULO III

Robinson pasa nadando al navío

Así que Robinson hubo desahogado su pecho, miró alrededor de sí, y marchó a

la ventura a lo largo de la costa, reflexionando sobre la suerte de sus infelices compañeros, los cuales habían perecido todos. Volvió la vista hacia el navío que había encallado; pero el mar estaba tan embravecido aún y el barco a una tan gran distancia, que con dificultad podía distinguirlo.

No esperando auxilio ninguno por aquella parte, examinó el paraje en que se hallaba, y reconoció con dolor, una naturaleza silvestre en que la mano del hombre no se había dejado conocer jamás: todo le anunciaba un lugar completamente desierto.

La alegría que había experimentado al principio, se desvaneció totalmente; y no vió ya sino lo que había de horroroso en su situación. Estaba mojado y carecía de vestidos para mudarse; sediento, y no veía agua para apagar la sed; débil y no tenía nada para confortarse; le faltaban las armas para defenderse y proporcionarse su alimento: por todo lo cual debía contar con perecer de miseria o entre las garras de las fieras. No le quedaba más que un cuchillo, con una pipa y algún tabaco en una caja; lo que formaba toda su riqueza.

Iba a anochecer, sin embargo. Con ello se aumentaba la desesperación del pobre Robinson, especialmente cuando pensaba que durante las tinieblas salén y buscan su presa las fieras.

El único refugio que vió alrededor de sí, fue un viejo abeto espinoso, cuyas espesas ramas le prometían algún reposo. Antes de acogerse a él buscó una fuente de agua dulce para apagar la sed que le

consumía. Tuvo la dicha de encontrar una, lo cual le causó una verdadera alegría. Después de haber bebido, metióse algún tabaco en la boca; era ésta la sola comida que podía hacer, lo cual le dio a conocer vivamente las privaciones y mísera situación del hombre separado de la sociedad.

Volvióse después a su árbol, al que subió, buscó un lugar en que las ramas eran fuertes y bien entrelazadas, y se estableció allí lo mejor que le fue posible: para no caer durante el sueño, se ató al tronco con ayuda de su faja, que era larguísima. Su extremado cansancio le hizo olvidar bien presto la incomodidad de la cama que había escogido; se durmió, y gozó del más profundo reposo, hasta el momento en que el ruido de una infinidad de aves llegó a despertarle, y le hizo abrir los ojos.

Se elevaba ya el sol por encima del horizonte; el tiempo estaba claro, la borrasca desvanecida y el mar en calma. Lo que le sorprendió en extremo, fue ver que con la altura de la marea, se había separado el barco durante la noche del banco de arena que encalló, y derivado hasta muy cerca de la peña de que hemos hecho mención más arriba, y en que Robinson se había magullado cruelmente al dar contra ella.

Esta vista le reanimó, bajóse del árbol, y corrió hacia el mar, como si hubiera debido hallar otra vez a sus infelices compañeros. Luego que se hubo visto tan cerca del navío y reflexionado que no hubiera perecido ninguno si se hubieran quedado a bordo, no pudo menos de derramar copiosas lágrimas. Pero como

ellas no remediaban en nada sus males, las enjugó seguidamente, y buscó medios para llegar hasta el barco.

Aguardó para hacerlo que estuviese más baja la marea; y, quitándose sus vestidos, se echó al agua, y llegó bien pronto al buque. Un cabo de cuerda que colgaba de la proa le sirvió para subir al puente. Al entrar en éste, fue su primera diligencia buscar con qué saciar el hambre que le apuraba. Halló algunos residuos de la última comida que había hecho con sus desgraciados compañeros y comió con ansia; bebió también un trago de ron, que tomó en la cámara del capitán, lo cual le confortó, y le restituyó algún valor.

Luego que estuvo satisfecha la primera necesidad, visitó el navío, y se despertó su dolor al acordarse de los que le habían habitado con él, y que ya no vivían. Pronunció en alta voz sus nombres, como si hubieran debido oírle y de nuevo corrieron sus lágrimas.

“¡Hay amigos míos! exclamaba, ¡no volveré a veros ya! ¡Héteme aquí separado del trato de los hombres! ¡Ah! ¡Cuán dulce me sería ahora el poder pasar mi vida con aquel de vosotros a quien yo quería menos!... Pero mi desgracia es obra mía; he despreciado los prudentes consejos de mis padres, aflijiendo su vejez y Dios me castiga”.

Un solo ser respondió a sus quejas y clamores; al principio de la borrasca habían encerrado a *Leal*, el perro del capitán, para que no estorbáse en la maniobra. *Leal* respondió a Robinson aullando y rascando en la puerta del sitio en que estaba encerrado. Corrió a abrir-

le Robinson. ¡Cuántos halagos recibió del pobre animal! Se los devolvió Robinson llorando. Leal era un amigo que el cielo le había conservado; a lo menos, no iba ya a verse enteramente solo.

Mientras que Leal había ido a tomar asiento en la mesa que Robinson acababa de dejar, éste, al que los tormentos del hambre no distraía ya, continuó las indagaciones que tenía comenzadas. Vio que el navío estaba medio abierto, y que había entrado mucha agua en la bodega, pero que estando puesto sobre el flanco de un banco cuya arena era firme, tenía sumamente alta su popa, y tan baja su proa, que estaba casi a flor de agua. De este modo, el puente se hallaba totalmente exento de agua, y cuanto él contenía, estaba seco.

Robinson puso manos a la obra inmediatamente. Como había a bordo muchas vergas, uno o dos masteleros de juanetes, que estaban de reserva, y dos o tres grandes palancas, tomó la resolución de formar una balsa con ello, y arrojó fuera del bordo cuanto no era muy pesado, y que se podía reunir con cuerdas. Hecho esto, bajó al lado del barco, ató juntos los más fuertes maderos y puso encima tablas, de manera que su balsa, aunque toscamente construída, podía llevar una carga bastante considerable. La necesidad estimulaba su ingenio y su valor; y efectuó en una hora más trabajo que no hubiera hecho en medio día en cualquier otro tiempo.

En la elección de los objetos que él deseaba llevarse a su isla, no se detuvo en los más preciosos, sino en los más útiles. Comenzó tomando tres cofres de

marinero, que había abierto forzando las cerraduras, y desocupado en seguida, y los bajó con una cuerda a la balsa. Metió en el primero provisiones de boca, tales como pan, arroz, tres quesos de Holanda, cinco pedazos de carne salada y un corto resto de trigo que tenían apartado para mantener algunas aves, que se habían matado mucho tiempo hacía. También había una cierta cantidad de cebada y trigo mezclados juntamente. Halló además muchas cajas de botellas que habían pertenecido al capitán; entre ellas había varias de agua cordial, y veinte y cuatro de ron; las colocó separadamente, porque no era necesario ni aun posible colocarlas en el cofre.

Mientras que estaba ocupado en esta tarea, advirtió que la marea empezaba a subir, aunque pacíficamente, y tuvo el sentimiento de ver que su casaca, chaleco y camisa que había dejado en la orilla, flotaban y se iban a discreción del agua. Este contratiempo le sugirió pensar en su guardarropía y le bastó un solo momento para reparar duplicadamente su pérdida. Tomó al mismo tiempo algunas herramientas para trabajar cuando se viese en tierra; y después de haberlo registrado todo con esmero, descubrió el cofre del carpintero. Fue un tesoro para él, pero un tesoro mucho más precioso que en aquel momento lo hubiera sido una nave enteramente cargada de oro. Se apresuró a bajarlo como todo lo demás, y lo puso sobre su balsa, sin malograr el tiempo de registrarlo por dentro, porque sabía ya poco más o menos lo que en él se encerraba.



...y ayudándose Robinson de un remo viejo que había hallado...

Lo que más deseaba Robinson, después de lo que estaba ya en posesión suya, era alguna munición y armas. Había en la cámara del capitán dos escopetas muy buenas e igual número de pistolas; apoderóse de ellas, igualmente que de algunos polvorines, de un taleguillo de perdigones, y de dos viejas espadas mohosas. Buscó por mucho tiempo tres barriles de pólvora que se había embarcado; y los halló por fin, después de haber registrado todos los rincones y escondrijos. Había uno de ellos mojado; los otros dos estaban secos y buenos; llevólos con las armas a la balsa. No se olvidó de bajar a su nuevo y único amigo, el pobre Leal, al que dio por compañeros los dos gatos del navío, que metió en una jaula, y que mostraban hacer ese viaje con mucha repugnancia.

Bien dispuesto todo ello, pensó en llegar a la playa, lo que sin vela ni timón, era dificultoso; y la mejor bocanada de aire bastara para sumergir toda la carga en el mar. Pero le aquietaba el ver que el mar estaba en calma; que la marea que subía, le llevaba a tierra, y que el viento, aunque débil, le era favorable. Tuvo el contento de ver que su balsa había bogado felizmente el espacio de una milla; únicamente notó que había derivado algo del sitio en que había tomado antes tierra; por ello juzgó que existía una corriente, y que le sería posible hallar una bahía o río que haría las veces de puerto para desembarcar su cargazón.

Sucedieron las cosas como él lo había imaginado; llevóselo la marea a un riachuelo en que estuvo a pique de experimentar un segundo naufragio; habiendo

tocado en la arena un extremo de su balsa, mientras que el otro flotaba, faltó poco para que no se fuese al agua cuánto llevaba. Poseído de temor el pobre Robinson, se apoyó en los cofres para retenerlos, pero sus fuerzas no eran suficientes para desprender la balsa; ni aun se atrevía a dejar su sitio, y permaneció en la misma postura cerca de una media hora, esperando que el agua al subir, la pondría otra vez a flote. Por último, la balsa flotó de nuevo, y ayudándose Robinson de un remo viejo que había hallado en la chalupa, llegó, aunque con mucho trabajo, a una pequeña ensenada, en donde esperó que la marea, al retirarse, le dejase en seco. Solamente en este momento se creyó seguro de poseer las cosas para él preciosas que acababa de recoger del barco. Lleno de gozo, saltó a tierra, y fue a reconocer el país, a fin de buscar una morada o un sitio apropiado para poner sus efectos en seguridad.

Ignoraba todavía si aquel terreno estaba en el continente o en una isla; si estaba habitado o desierto; y si había o no algo que temer de las fieras. No mediaba más de una milla del sitio en que se hallaba a una montaña muy elevada y escarpada, que parecía llevar su cumbre por encima de una cordillera que tenía a su norte. Tomó una escopeta y una pistola, llevó su perro, y marchó a la descubierta hasta lo alto de aquella montaña; habiendo llegado allí después de muchas fatigas y sudores, se convenció de lo que había sospechado de horroroso en su suerte; pues reconoció que estaba en una isla, cercada como tal de mar por to-

das partes, sin poder descubrir otra tierra que algunos riscos muy distantes de allí, y dos islotes, mucho menores que aquel en que se hallaba, situados cerca de tres leguas al oeste.

Después de esta descubierta, volvió tristemente Robinson a su balsa, y se puso a descargar en la playa los objetos que había traído del navío.

Este trabajo le ocupó lo restante del día; y habiendo llegado la noche, dispuso un lugar acomodado para servirle de dormitorio; es decir, que se atrancó lo mejor que pudo con los cofres y tablas que había traído a tierra.

Al siguiente día, ya más tranquilizado de las zozobras del día anterior, construyóse una tienda utilizando una vela de barco que se hallaba entre sus efectos.

CAPÍTULO IV

Robinson vuelve muchas veces al navío, y se construye una morada fortificada.

Le había ido muy bien a Robinson su primer viaje, para no repetirlo en los siguientes días; volvía ya con una cosa, ya con otra; con azúcar moreno, especias, harina, bizcocho, pólvora, cables, clavos, algunos instrumentos de matemáticas, dos anteojos de larga vista, libros, plumas, papel, tinta, y finalmente, oro y plata acuñados. No viendo más que su presente situación, le dieron al principio tentaciones de arrojar al mar aquel oro y plata. “¡Metal impostor! exclamó, ¡cuán vil eres a mi vista! ¡no mereces la

pena de que me baje yo para cogerte! ¡Una sola de mis balsas cargadas me es aquí cien veces más preciosa que todos los tesoros de la tierra!” Mudó de parecer, sin embargo, al reflexionar que lo que él menospreciaba entonces, podría serle útil más adelante, en lo que llevó razón; porque únicamente las gentes que no ansían ser felices en ninguna edad de su vida, lo sacrifican todo al momento presente, y no piensan en lo futuro.

Se disponía para el duodécimo viaje, cuando advirtió que se cubría el cielo, y que el viento comenzaba a refrescar como si se aproximara una tempestad. Esto le disuadió de ir al navío, en el que, por otra parte, no quedaba ya casi nada que pudiese serle útil. Se encerró en la tienda que había armado a alguna distancia de la playa.

La tempestad fue terrible, y duró toda la noche. Cuando en la siguiente mañana tendió Robinson la vista sobre el mar, notó que no se veía ya barco ninguno; pues se lo habían tragado las aguas. Este momento fue de nueva desesperación para él. Aunque aquel bajel no podía servirle para volverse a su patria, su vista constituía para él una especie de consuelo. Cuando una calamidad mayor nos tiene distantes de la región que nos vio nacer, se nos hacen queridos los objetos que nos la traen a la memoria; parece que ellos son un punto de comunicación que aproxima las distancias, y nos une idealmente con los que, más dichosos que nosotros, pasan dulcemente su vida en el seno del país natal.

Era menester, sin embargo, resignarse con su suerte. Robinson hubiera podido

ser todavía más desgraciado de lo que era; y se veía asegurado para mucho tiempo de todas las necesidades de la vida. Dio, pues, gracias al cielo, por no haberle tratado más rigurosamente en castigo de sus culpas; y pensó en mejorar su situación por cuantos medios había dejado en su poder, la Providencia.

Formó el proyecto de construirse una habitación contra los salvajes, y contra las fieras, si había algo que temer de ellas; nunca podemos ser prudentes con demasía, y un hombre cuerdo prevé tanto los peligros como las necesidades. Robinson, por esta duplicada razón, no podía habitar definitivamente la tienda que había levantado de prisa en la orilla del mar; el terreno en que la había asentado, era bajo, pantanoso, poco saludable por consiguiente, y carecía de agua dulce. Quería, sin embargo, no alejarse mucho de la playa, y tener vista sobre el mar, a fin de que, si llegaba a presentarse alguna nave en aquellas aguas, pudiese implorar su socorro con señales de apuro.

Últimamente, después de prolijas diligencias, halló un sitio que satisfacía todos sus deseos: era una pequeña llanura situada en la falda de una colina algo elevada. Esta llanura, en el principio alta de unas cien pértigas, se extendía más del doble al bajar insensiblemente hacia el mar, y formaba una vasta alfombra verde, que un arroyo cristalino regaba, culebreando; y la guarecía del sol la colina.

Resuelto Robinson a fijar su morada en aquel cómodo y delicioso sitio, no buscó en él por mucho tiempo un lugar para su tienda; era cosa muy sencilla que la ar-

mase al pie de la colina, que, estando perpendicular por el lado de la llanura, le pondría fuera del peligro de verse sorprendido por la espalda. En semejante posición, le restaba fortificarse contra los enemigos que pudieran llegar por el frente, por la derecha, y por la izquierda. Robinson plantó en semicírculo, de un extremo a otro de una cavidad que había hacia la mitad de la colina, y delante de la cual colocó su tienda, una doble hilera de fuertes empalizadas, altas de seis pies, entrelazadas con ramajes, y sostenidas en lo interior con buenas estacas de dos pies y medio. Era tan fuerte esta obra, que no había hombre ni fiera capaz de forzarla.

Le costó mucho tiempo y trabajo al pobre solitario, especialmente para cortar las empalizadas en los montes, traerlas al sitio y afianzarlas en el suelo. No dejó ninguna abertura, ni puerta: para entrar en su habitación, pasaba por encima de sus fortificaciones con la ayuda de una escalerilla de mano que llevaba consigo.

Cercó en esta especie de fortaleza sus provisiones, municiones, todas sus riquezas en una palabra. Metió en su tienda las que podían echarse a perder con la humedad. Tal tienda era doble, y cubierta de lienzo embreado, en que no hacía efecto ninguno la lluvia.

Robinson, sin embargo, tuvo bien pronto otro sitio más seguro todavía. Acabamos de decir que había puesto su tienda a espaldas de una cavidad que se hallaba hacia la parte media de la colina. Esta cavidad se asemejaba bastante a la entrada o puerta de una bodega. Robinson emprendió, con las herramientas que

había sacado del barco, los trabajos necesarios para agrandarla suficientemente a fin de que formase una especie de almacén en que le fuese posible encerrar lo que él no podía meter en su tienda. Consiguiólo con el tiempo y paciencia. Un miedo que experimentó, aceleró su trabajo: un relámpago, en un día tempestuoso, le dió la sensación de que ardía completamente su tienda. Atemorizó menos a Robinson el relámpago mismo que un pensamiento que el efecto producido por este meteoro le sugirió. “¡Poderoso Dios! díjose en sí mismo: toda la pólvora que saqué del navío está en mi tienda: si los rayos la abrasaran en ausencia mía, ¿qué será de mí? ¿Cómo me defendería sin pólvora? ¿Cómo sin ella me proveería de subsistencia, cuando hubiera consumido mis provisiones?” Y duplicó sus esfuerzos para acabar prontamente de ahondar su cueva.

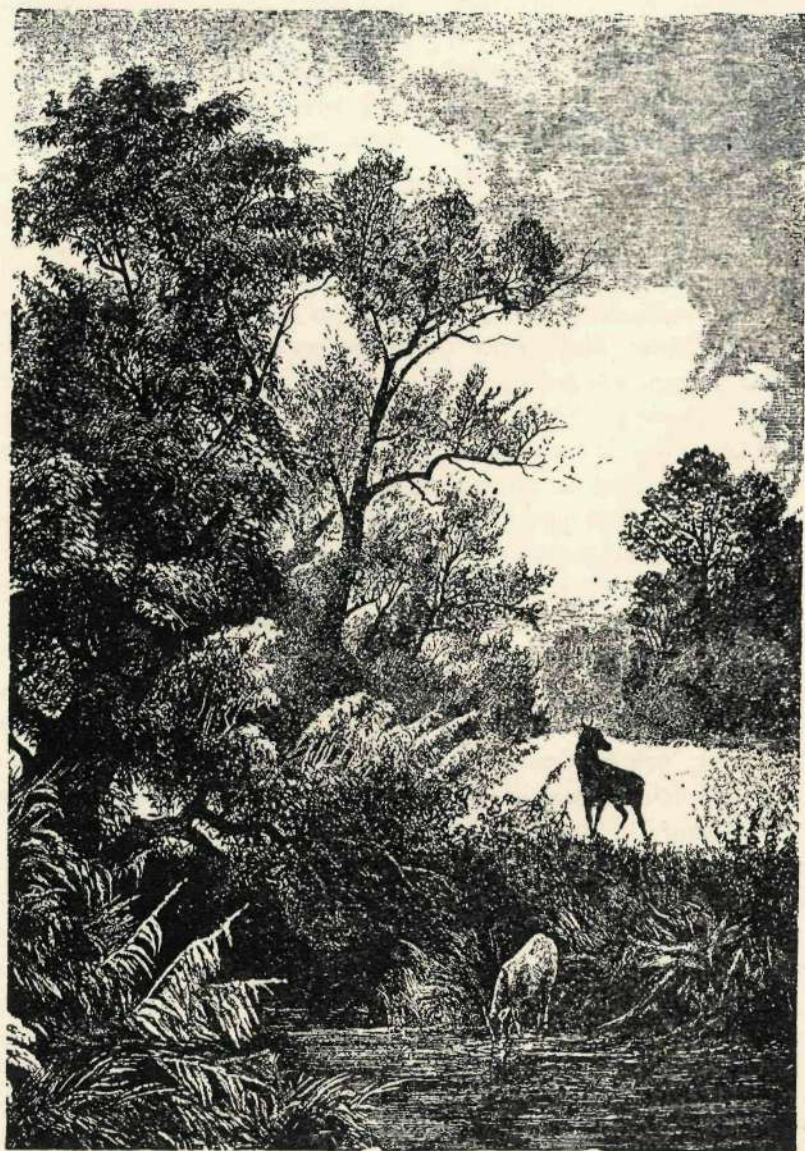
Como la piedra era blanda y se tajaba con facilidad, hizo, en poquísimo tiempo, diferentes cuartos, observando dejar, además de los estribos que servían de separaciones, diversas masas en medio de cada sala, para soportar el peso de las bóvedas y materias superiores. Habiéndose finalizado esta obra, le tranquilizó considerar que era difícil ya se produjera la desgracia que él había temido ver acaecer, porque distribuyó su pólvora en una infinidad de talegos, poniéndolos en cuartos diferentes, a fin de que, si por una casualidad imprevista llegaba a reventar una porción de esta pólvora, quedase intacta la restante.

CAPÍTULO V

Industria y trabajos de Robinson

Daba Robinson tanto mayor valor a su pólvora, cuanto tenía experimentada la utilidad de ella. El esperar, para ir de caza, que se hubiesen consumido cuantas provisiones de boca había traído del navío, no hubiera sido cosa prudente; por lo mismo, había interrumpido más de una vez los trabajos en que acabamos de verle ocupado, para dedicarse a cazar animales de su isla. El primero que mató, fue una especie de gavilán, cuya carne le pareció desagradable; pero, de allí a algún tiempo, quedó resarcido de este mal hallazgo con el de una cabra y su cabritillo; con cuya carne se sustentó por mucho tiempo.

Sentía gran pesadumbre cuando pensaba en su situación; perdido en una isla situada en lugar poco frecuentado por los barcos europeos, le quedaban pocas esperanzas de ver nunca el fin de su destierro. Pero hallaba también motivos de consolación en su posición misma; otros habían sido más desgraciados que él. “Pues bien, se decía a sí mismo algunas veces, véome en una condición infeliz, es verdad; ¿pero en dónde están mis compañeros de viaje? ¿No éramos once en la chalupa con la que quisimos hacer la tentativa de llegar a esta tierra? Únicamente yo llegué a ella ¿en dónde están los otros diez? ¿Qué vale más, el estar aquí o allá? continuaba mostrando el mar con el dedo; ¿no es menester contemplar las cosas lo mismo por el lado bueno que por el malo? ¿no deben con-



Robinson descubrió que en su isla había cabras

solarnos los bienes de que gozamos, de los males que nos afligen?" Estas reflexiones no eran una vana ostentación de filosofía con que Robinson trataba de deslumbrarse así mismo; porque su corazón comenzaba realmente a sosegar.

Estableció en sus costumbres cierto método o regularidad. Cazaba todas las mañanas durante dos o tres horas, y trabajaba después hasta las once. Al mediodía, después de haber comido, iba a descansar durante dos horas, a causa de los calores del clima; y volvía en seguida a su tarea hasta la noche.

Sus tareas, desde que había acabado completamente la construcción de su morada, tenían por objeto fabricarse muebles de toda especie. Los primeros que hizo, y con menos trabajo, fueron una mesa y una silla. Ocupóse después en armar una piedra de afilar que había traído del barco, y cuyo uso se le hacía indispensable, para que sus herramientas estuviesen siempre en estado de servir. No se dejaba desalentar por las dificultades, tentaba la misma cosa veinte veces antes que abandonarla, y la volvía a comenzar cuarenta antes que hacerla mal; poco parecido a tantos jóvenes inconsiderados que, estudiando las ciencias y aprendiendo profesiones en el seno de todas las comodidades de la vida, se desaniman a los menores obstáculos, o lo hacen mal por haberlo hecho demasiado aprisa.

El orden no da solamente una buena reputación, sino que también contribuye a la felicidad, y Robinson era hasta cierto punto dichoso. Iba con alegría a la caza, y se ponía con no menor satisfac-

ción a sus tareas caseras, durante las cuales ni aun carecía de agradables distracciones. El perro estaba a sus pies, y el papagayo en sus espaldas: había sorprendido un pájaro de esta especie en su nido, y lo había conservado como un nuevo compañero: hablaba, trabajando, con este nuevo amigo, y dejaba de cuando en cuando su trabajo para halagar al buen Leal, que estaba alegre cuando su amo parecía estarlo, y triste cuando le veía con pesadumbre.

Luego que llegaba la noche, y cuando Robinson no tenía ganas todavía de acostarse, o bien le quedaba algo que hacer, encendía su lámpara. Era ésta también obra de sus manos. Consistía en un pequeño vaso de tierra que él había labrado lo mejor que había podido, haciéndole secar después al sol. El aceite que alimentaba esta lámpara, era simplemente la grasa de los animales que Robinson mataba en la caza; y algunas cuerdas deshiladas formaban su mecha.

La facilidad con que había fabricado esta lámpara, y algunos otros vasos que había tratado de presentar al fuego, le hizo concebir el proyecto de una obra de la misma especie, pero de mucha mayor importancia, y que también le costó mucha mayor pena. Robinson gustaba mucho de la sopa, y no la había comido después de su naufragio, por falta de olla. El labrar el vaso no era nada; el hacerle secar al sol fue también cosa de breve tiempo; y gozando anticipadamente Robinson de la buena comida que iba a hacer, voló a poner su olla delante de la lumbre, después de haberla llenado de agua, y metido en ella un pedazo de ma-

cho cabrió recientemente muerto y muy gordo. Pero ¡oh pesar! la fatal olla no resistió mucho tiempo en aquel sitio; apenas se hubo calentado por la acción del fuego, cuando se rajó y dividió en dos partes, yéndose la carne y el caldo a las cenizas. Robinson reflexionó por mucho tiempo sobre este accidente, sin poder discurrir nada que en lo venidero pudiese ahorrarle otros semejantes. Finalmente, habiendo hecho un día una buena lumbré para guisar sus carnes, halló, revolviendo la leña del hogar, un pedazo de aquella misma olla, que estaba cocido, duro como una teja. A cuya vista, tocado de un rayo de luz, pensó: *Seguramente que mis ollas podrían cocerse muy bien estando enteras, puesto que se cuecen sus pedazos separados con una tan grande perfección; pero ¿cómo lo haré?*

No tenía idea ninguna de la clase de hornillo de que se sirven los alfareros, ni del barniz que dan al vidriado, por no saber que el plomo que él había traído del navío, era bueno para esto. Sin embargo, colocó a todo riesgo sobre un gran montón de ceniza una nueva olla, alrededor de la cual hizo una lumbré que chamuscaba tan bien por los lados y por encima, que la olla estuvo encarnada en poco tiempo. ¡Ah! ¡Cuánto temía verla rajarse! Reflexionando algo, pensó que esto podía acaecer muy bien, si dejaba abatirse muy pronto el fuego: después de haberlo conservado durante cinco o seis horas en la misma violencia, lo templó por grados, hasta que la olla estuvo bastante fría para poderla quitar con la mano, y la puso después a prueba. Sos-

túvola ella maravillosamente, y al cabo de algunas horas proveyó de un gustosísimo caldo a Robinson. ¡Cuán dichoso fue entonces! Se dio a sí mismo el parabién de esta obra como de la mejor cosa del mundo.

Su situación se volvía de día en día más soportable, y no pasaba ninguno en que la Providencia no le diese alguna notable señal de su protección, ya haciéndole descubrir algunos nuevos recursos en su isla, ya naturalizando en ésta los que él poseía de Europa.

Luego que hubo tenido necesidad de talegos para su pólvora, fue a sacudir al pie de la peña los que había traído del barco, en el que habían servido para guardar semillas destinadas al alimento de las aves. De allí a algún tiempo, no se admiró poco Robinson de ver nacer, en el sitio que había sacudido aquellos talegos, cebada, trigo y arroz. Absorto su ánimo con una cosa tan imprevista, la miró como a un milagro que obraba Dios en favor suyo. Pues aun cuando las semillas estaban en los talegos cuando él los sacudió, era realmente providencial que hubiera sacudido precisamente aquellas semillas en un sitio abrigado, y no en uno abrasado por el sol.

Se había levantado en la víspera sobre el poco bizcocho que le quedaba, y sobre la necesidad a que se hallaba reducido de no tomar ya cada día más que una corta porción hasta el momento en que se vería enteramente privado de él: y no fue desde entonces más que presunción y esperanzas. Sin pararse a considerar el desorden que los accidentes ordinarios de la naturaleza podían causar en sus

cálculos, ni pedir a Dios que fecundase las semillas que él se proponía esparcir por todas partes, contaba ya con soberbia los vastos sembrados de trigo de que iba a ser proveedor, y los graneros que le sería necesario construir para poner a cubierto aquellas nuevas riquezas, que él vería centuplicarse cada año. Llevamos ya dicho que se había calmado el corazón de Robinson; pero la religión no había hecho sentir en él todavía todo su benigno influjo. No invocando a veces nuestro desterrado el nombre de Dios más que en virtud de un hábito inveterado, lo refería todo constantemente a sí mismo, y a puro haber tenido aciertos, llegó a sentir orgullo hasta el grado de creer que ninguna cosa era superior a sus fuerzas e inteligencia. Pero el Soberano del mundo castigó severamente esta presunción, que significaba realmente un olvido o menosprecio de su omnipotencia; y se preparaba a dar al ingrato una terrible lección, que debía atraerle para siempre a las sendas de sus obligaciones.

CAPÍTULO VI

Terremoto. Enfermedad de Robinson

Su habitación y la destreza y perseverancia que le habían sido necesarias para hacerla tan espaciosa y cómoda como era, eran las fuentes en que Robinson había bebido aquella soberbia reprensible, y fue también el lado por el que Dios comenzó a darle a conocer que, abandonado a sus solas fuerzas, resultaba realmente insignificante.

Un día en que trabajaba a espaldas de su tienda, se desplomó la tierra repentinamente de la cima de la roca que estaba pendiente sobre su cabeza, y dos pilares de los que había formado en su caverna, para sostener la bóveda, crujieron horriblemente. No sabiendo todavía la verdadera causa de esta horrorosa conmoción, creyó que únicamente iba a caer una gran porción de materiales, como había acaecido ya otra vez. Temiendo quedar enterrado debajo, huyó con la mayor prontitud hacia su escalera. Pero apenas hubo puesto el pie en tierra del otro lado de su empalizada, cuando vio claramente que todo aquel desorden era efecto de un terremoto; tembló la tierra tres veces bajo sus pies, y estas tres conmociones fueron tan tremendas, que los más sólidos y fuertes edificios se hubieran desplomado con ellas. Todo un lado de la roca cayó con un ruido igual al del trueno.

Robinson no había visto ni oído decir nada parecido; y quedó yerto de espanto. La caída de una parte de la roca que encerraba todas sus riquezas, le llenó de horror. No sabía si, en aquel instante, se había hecho un nuevo hundimiento en el interior de su caverna, ni se atrevía a ir a verlo, aunque no se daba a conocer ninguna conmoción. Estaba sentado en tierra, temiendo hacer el menor movimiento, pero dispuesto a levantarse para huir, y echando inquietas miradas hacia todas partes. No tardó el cielo en cubrirse de nubes; levantóse poco a poco el viento, y fue aumentando con tanta fuerza, que en menos de media hora se desencadenó un furioso huracán. El mar

estaba embravecido, cubiertas las crestas de sus olas con blanca espuma; inundada la playa, arrancados del seno de la tierra los árboles, y presentando todos los estragos de una horrenda tempestad.

Siguióse la calma a la tormenta; pero la acompañó una lluvia copiosa, cayendo el agua a torrentes. Robinson se refugió en su tienda; no le era ya posible permanecer fuera de ella, y ninguna cosa, por otra parte, daba señales de un nuevo terremoto. No fue habitable por mucho tiempo esta tienda; le penetró bien pronto la lluvia, y se vio precisado Robinson a ir a buscar un abrigo en el interior de su caverna, que él temía ver desplomarse en el primer momento sobre su cabeza. Pasó allí todo lo restante del día y una noche entera con las angustias de la mayor inquietud.

Luego que la vuelta del buen tiempo le hubo permitido salir de allí, visitó su habitación y todo su cercado. Una parte de su caverna estaba medio cegada con las tierras y piedras que la conmoción había desprendido, y su tienda aparecía casi derribada a causa de un árbol que los torrentes de agua habían precipitado sobre ella desde lo alto de la colina; junto a la que estaba arrimada. Ninguna esperanza ya de cosecha, a lo menos tocante al trigo, cebada y arroz que Robinson había sembrado alrededor de su empalizada; el agua lo había desarraigado todo, llevándose al mar.

Partiósele el corazón a Robinson con las pérdidas que había experimentado; pero no reconoció la mano que le hería, ni se humilló para apartarla de sobre sí. Apenas se hubo recobrado del estupor

que este infausto suceso le causó en el principio, cuando volvió a su anterior confianza y presunción. "He perdido, díjose a sí mismo, las semillas que había colocado alrededor de mi empalizada; pero a un tiro de aquí me quedan espigas más numerosas, que la tempestad ha respetado; los torrentes de agua que las han cubierto por un momento no parecen por el contrario más que haberles dado vigor. Mi tienda ha venido casi toda a tierra, y mi caverna está llena de escombros; pero aquí están los brazos que lo reharán todo, y ellos sabrán repararlo y reponerlo en orden. Si los terremotos hacen este sitio el más peligroso de la isla, iré a establecerme en otra parte en la que tendré ciertamente tanta maña y fuerza como he tenido aquí.

Este discurso soberbio no quedó impune.

Robinson no pudo regocijarse por mucho tiempo al pensar en las numerosas espigas que poseía todavía a un tiro de escopeta de su habitación: porque no hallando los animales con qué vivir en otra parte, las devoraron.

En cuanto a aquellos brazos con los que él contaba tan soberbiamente para reparar los estragos de la tempestad, y trasladar su domicilio a otro paraje más favorecido, los privó bien pronto de su vigor la enfermedad.

Hacía ya unos días que Robinson no estaba del todo bien; pero trataba de deslumbrarse así mismo sobre su estado enfermizo, atribuyéndolo a una indisposición que seguramente no tendría ningún mal resultado. Últimamente, una mañana le asaltó la calentura tan vio-



...todo aquel desorden era efecto de un terremoto...

lentamente, que le obligó a quedarse en cama todo aquel día. En el siguiente, se sintió peor todavía, y al tercer día apenas le quedaban fuerzas para dar de cuando en cuando algunos suspiros y sollozos. Las escasas palabras que sus labios pudieron pronunciar entonces, las profirió para invocar en socorro suyo a Dios.

Apenas se hubo adormecido, después de un acceso de fiebre, cuando le pareció que estaba sentado en tierra, fuera del cercado de su empalizada, en el mismo sitio en que se hallaba al tiempo de la tempestad que siguió al terremoto. Creyó bien pronto ver a un hombre armado de una lanza, bajar allí desde una negra y espesa nube, en medio de un torbellino de fuego y llamas. Este hombre estaba resplandeciente como el astro del día; su noble y majestuosa presencia infundía terror. Hizo Robinson un movimiento para huir, pero se quedó como ligado por un poder sobrenatural en el sitio en que estaba sentado, y vio que el fantasma se adelantaba hacia él con la lanza levantada, gritándole con una voz tremenda: *porque no te has convertido a la vista de tantas señales, morirás*. Dios es terrible e implacable con los que le han desconocido.

Arrojóse Robinson fuera de su cama, lleno de pavor. Vuelto en sí, quiso reflexionar sobre aquel sueño, para desvanecer su funesta ilusión; pero le aguardaba allí su conciencia; la cual le recordó en un instante todas las malas acciones y desarregladas ideas con que había atraído sobre sí la ira del soberano Autor de todo lo creado; el menosprecio que ha-

bía mostrado a los consejos de su padre; el duelo en que había sumido a toda su familia; la reprensible empresa, cuyas consecuencias habían sido el guarecerse en aquella isla desierta; finalmente, la ingratitud con que había correspondido, después de su naufragio, a los multiplicados beneficios de la Providencia; y exclamó, lleno de remordimientos y vergüenza: *¡Ah! sí, lo he merecido, lo he merecido!*

En balde quiso, habiendo vuelto a su cama, calmar sus potencias y tomar algún descanso; porque de cualquier lado que se volviese, tenía delante de sí al terrible fantasma: y en cualquier objeto que tratase de fijar sus pensamientos, volvían éstos siempre sobre los desarreglos de su vida, y sobre el espantoso sueño. No sabiendo qué hacer, fuera de sí mismo, y en una cruel agitación, cogió un libro que había puesto antes en una silla junto a su cama para sentar la lámpara sobre él: era una Biblia. Abrióla; sus ojos, al principio, recorrieron desatinados de uno a otro extremo de una página; pero se detuvieron muy presto en aquellas consoladoras palabras, que hubieran parecido colocarlas allí exprofeso: *Invócame en el día de tu aflicción; te libertaré, y me glorificarás*. Estas palabras recordaron a Robinson que Dios, al que había ofendido, no era un Dios implacable; templaron su espíritu, comenzaron a esparcir en su corazón un suave efecto que le hizo continuar con ansia su lectura. A cada línea hallaba Robinson palabras consoladoras; por lo mismo, a cada línea se serenaba su rostro. La dulce sonrisa de la esperanza agitó bien

presto sus labios, y dió un suspiro levantando las manos al cielo. En aquel instante, llegó de nuevo a representársele la enormidad de sus faltas; volvió a sentir Robinson que le hervía la sangre en las venas, que se le hinchaba de rabia y desesperación el corazón. Pero la sagrada lectura le había habilitado para buscar recursos contra sí mismo; se echó sobre un crucifijo, que, así como todos los demás objetos de religión traídos del navío, permanecía abandonado en un rincón de la caverna, y le apretó contra su corazón, exclamando: *¡Dios mío! ¡Dios mío! tendréis compasión de mí; ¡no me abandonaréis ya! ¡habéis perdonado tantas culpas, en favor de este divino Redentor de los Hombres!* Y no permitiéndole su debilidad permanecer arrodillado por mucho tiempo, volvió a caer en su cama, pero sin dejar aquel santo broquel, detrás del cual dirigía fervorosas oraciones al cielo. Oraba todavía, armado del estandarte de la misericordia, cuando se durmió. Su sueño fue pacífico; únicamente su sonrisa llegaba a asomarse de cuando en cuando a sus labios, que desprendían dulcemente estas palabras de confianza: *¡Dios mío! tendréis compasión de mí; ¡no me abandonaréis ya!*

CAPÍTULO VII

Cura de Robinson; visita su isla

Despertóse mucho mejor Robinson al siguiente día, y con la sangre menos agitada ya, comenzó el día rindiendo homenaje a Dios, e implorando sus auxilios:

cuya acción mejoró todavía el estado de su salud. La oración no es solamente la más sagrada de todas las obligaciones, sino que también es el más grato de todos los placeres y el mayor beneficio para aquellos en quienes ello es el efecto de una ilustrada piedad, y no el de un servil temor; y deja en sus almas una confianza y resignación que los llena de una indecible felicidad, y les hace pasar ligeramente sobre las penas de la vida.

No tuvo calentura en todo aquel día. Temiendo Robinson que reapareciera en el siguiente, se puso a reflexionar sobre los medios de que podría valerse acertadamente para desterrarla enteramente. No había estudiado farmacia nunca, y por otra parte, estaba falto de medicamentos: reflexionó por mucho tiempo, sin hallar nada que pudiese satisfacerle.

Se acordó, por último, de que los brasileños no toman casi ningún otro brebaje, para cualquiera especie de dolencias, más que un tabaco. Robinson tenía en su poder un rollo de este tabaco, pero ¿cómo servirse de él? Para mayor seguridad, lo experimentó de muchos modos diferentes. En primer lugar, tomó una hoja que metió en su boca; después, empapó otra hoja en ron, para tomar una dosis al acostarse; y finalmente, asó otra sobre las parrillas, poniendo la nariz sobre el humo, tan cerca y por tanto tiempo cuando el temor de quemarse y sofocarse podía permitírselo.

Habiendo continuado en los siguientes días con este uso del tabaco, se libertó de la calentura enteramente: pero tardó todavía algunas semanas en recuperar por completo sus fuerzas. Conociendo



¡Dios mío! ¡Dios mío! Tendréis compasión de mí...

cuán favorables le serían el ejercicio y el aire del campo, se aprovechó de los primeros instantes de su convalecencia para salir y pasear.

Habiendo recobrado del todo sus fuerzas, pensó en satisfacer el deseo que tenía, hacía ya mucho tiempo, de hacer una detenida visita a su isla. Dirigió su marcha hacia la pequeña bahía a que había arribado con su balsa. Fué caminando a lo largo del río, y luego que hubo andado dos millas subiendo, halló que la marea no iba más adelante, y que no era allí el río más que un arroyuelo, cuya agua era, es verdad, muy dulce y buena.

Este arroyo regaba muchos prados deliciosos, llanos, y cubiertos de un verde hermoso. El terreno, al alejarse del mar, afectaba forma de anfiteatro. Vió allí, además Robinson una infinidad de otras plantas que le eran desconocidas, y se dijo a sí mismo: “¡Ay de mí! tienen estas plantas quizás propiedades tan útiles como las del tabaco de cuyos benéficos efectos tengo reciente experiencia; pero se perderán ellas para mí, y será causa mi ignorancia de que no puedan servirme de socorro ninguno. Si, en mi niñez, hubiera aprendido yo a herborizar, en vez de usar el tiempo en usar de travesuras con mis compañeros, me hubiera seguido este hábito al Brasil, y sabría cuáles son las virtudes de estas plantas; porque me acuerdo de haber visto algunas semejantes en aquellos países; pero las hollaba yo sin dignarme siquiera instruirme de sus nombres”. Habiendo desanimado algo estas reflexiones a nuestro amigo, y adelantándose el día, regresó a su habitación.

Volvió a marchar sin embargo al siguiente día, y habiendo ido más adelante que en la víspera, no tardó en hacer algunos descubrimientos. Diversos árboles frutales de diferentes especies se levantaban por todas partes a su vista; la tierra estaba cubierta de melones, y no veía acá y allá más que uvas del más bello aspecto. Su primer impulso fue el de echarse sobre aquellas producciones de la naturaleza, y comer de ellas lo que más pudiera; pero se acordó repentinamente de que había visto morir en Berbería a muchos esclavos ingleses por no haber sido moderados en comer las frutas del país; y se contuvo, pensando, con razón, que no hay cosas saludables que no puedan ser nocivas, si abusamos de ellas.

Gozoso Robinson con lo que veía delante de sí, a su derecha e izquierda, iba adelantando siempre por la isla. Llegó a sorprenderle la noche. Hallándose muy distante de su morada para volverse a ella, escogió un alojamiento parecido al que le había proporcionado un refugio en su primera llegada a la isla, es decir, un árbol frondoso en el que se acomodó de modo que durmiera cómodamente. Continuó su viaje en el siguiente día.

Después de haber marchado por algún tiempo, se halló en un país descubierto que parecía dirigir su declive hacia el occidente: un arroyuelo de agua fresca, que salía de una colina, dirigía su curso hacia la parte opuesta, es decir, hacia el oriente: toda aquella región parecía tan templada, verde y florida, que la hubiera tomado uno por un jardín plantado por la mano humana, y era fácil ver que reinaba allí una perpetua primavera.

Bajó algo por la cima de este delicioso valle, e hizo una parada allí para contemplarlo descansadamente. La admiración se apoderó de sus potencias al principio, suspendió por algún tiempo sus zozobras roedoras, para hacerse saborear el gusto de ver que cuanto él contemplaba era su bien; que era el señor y rey absoluto de aquella región que tenía sobre ella un derecho de posesión, y que podía transmitirla a sus herederos de un modo tan incontrovertible como se haría con un feudo de Inglaterra. Los cacaos, naranjos y limas que le rodeaban, no llevaban fruto en la estación presente; y se resarcía de ello con los limoneros. No solamente los limones que cogió eran gustosos de comer y muy sanos, sino que también mezclado su jugo con el agua, constituía una bebida agradable y refrescante.

Robinson, al modo de la hormiga, pensó que en medio de la abundancia era menester abastecerse para los momentos de escasez: hizo, pues, tres montones, dos de los cuales eran de uvas y el otro de limones. De cada uno de ellos sacó una corta porción para llevársela inmediatamente, resuelto a volver cuanto antes, y pertrecharse de un costal o cualquiera otro utensilio, tal como pudiera hallarle, para llevarse lo restante. ¿Qué recurso iba a formarse así para la mala estación!

Pero no lo había previsto ni calculado todo. Cuando volvió, quedóse sumamente afligido al ver que las uvas, que él había dejado apetitosas, estaban enteramente echadas a perder, desgranadas, arrastradas, esparcidas acá y allá, y fi-

nalmente medio roídas y devoradas. Sacó de ello la consecuencia que había en la inmediación algunos animales que habían hecho aquel destrozo; y para que no se repitiese lo mismo en adelante, colgó de las ramas de los árboles los nuevos racimos de uva que cogió, y que no pudo llevarse; en tal disposición los secó y tostó el sol, de modo que eran todavía un alimento muy gustoso.

Al paso contempló con admiración la fecundidad de aquel valle, su deliciosa situación, y el beneficio que él obtendría de verse allí a cubierto de las tempestades; y concluyó que el sitio en que había fijado su habitación, era, sin contradicción, el peor de toda la isla. No había mucha distancia de estas reflexiones a mudar de casa, e ir a establecerse en aquella feraz y deliciosa región, después de haberse construido en ella un lugar tan fuerte como el que tenía en la otra parte.

Robinson alimentó este proyecto por mucho tiempo, y la hermosura del sitio era causa de que su imaginación se complaciera en pensarlo. Sin embargo, cuando llegó a considerar las cosas más de cerca, y reflexionó en que su antigua morada estaba próxima al mar, halló que esta inmediación podría constituir algún factor favorable para él; en vez de que si se encerraba en el centro de la isla, haría imposible su libertad; y resolvió, definitivamente, no dejar su primera morada.

Estaba sin embargo tan enamorado de aquel hermoso sitio, que construyó en él un pequeño cortijo de un recinto bastante espacioso, compuesto de un vallado

doble y bien empalizado. Allí dormía dos o tres noches consecutivas a veces, pasando y volviendo a pasar por encima del vallado con una escala, como lo practicaba en la otra mansión suya. Pudo mirarse desde entonces como un hombre que poseía dos casas; la una en la costa, para velar sobre el comercio y arribo de las naves; y la otra en el campo, para hacer la siega y la vendimia.

Había acabado apenas las fortificaciones de este delicioso cortijo, cuando las lluvias llegaron a desalojarle de allí, echándole hacia su fortaleza. Para expresarse, y hacer al mismo tiempo algo útil en aquella especie de prisión a donde los malos temporales le confinaban, trabajó en agrandar su caverna. Aun acabó abriendo su peña de parte a parte, a fin de formarse una entrada y salida libres a espaldas de sus fortificaciones. Era inutilizar cuantas precauciones había tomado en los principios, para que no se pudiese penetrar en su cercado de otro modo que con la escala; pero se desvanecían sus temores a proporción de que se aseguraba de no ser habitada la isla. El mayor ser que se le había presentado hasta entonces a su vista, era un macho cabrío; pues no sabía aún que, de cuando en cuando, algunos antropófagos, que vivían en varias islas inmediatas, iban a comerse allí a sus prisioneros.

El 30 de septiembre era el cumpleaños de su funesto desembarco. Viólo por su calendario, que se había formado de una manera extraordinaria. Había levantado, diez o doce días después de su naufragio, a orillas del mar, un gran madero cuadrado, en el que grabó esta inscrip-

ción: *Vine a esta isla el 30 de septiembre del año 1659.* Hacía una muesca todos los días en este pilar; cuya muesca era doblemente mayor todos los siete días; y Robinson la sustituía todos los meses con otra mucho mayor todavía. Habiendo consultado este almanaque en la época de que hacemos mención, halló que estaba en esta tierra tres años hacía. Habiendo vuelto enteramente a sus obligaciones de cristiano, observó aquel día como un día de ayuno solemne, dedicándolo a ejercicios religiosos, postrándose con una profunda humildad, y reconociendo la justicia de Dios sobre sí.

Debió tanto más darse el parabién entonces de haber inventado aquel modo de contar los días, cuanto en aquella misma época, se halló totalmente agotada la tinta que había sacado del navío; lo que le hubiera puesto en un sumo embarazo, si se hubiera servido de ella hasta entonces para computar el tiempo.

Comenzaba también a familiarizarse con el clima de su isla; no se dejaba sorprender ya por la estación lluviosa, ni por la seca; y aun supo aprovecharse de las luces que había adquirido sobre esta materia, para reparar las pérdidas que su imprudencia le había causado en la época del terremoto. No le quedaba más trigo, cebada y arroz, que lo poco que no había podido sembrar entonces, por falta de instrumentos para remover y preparar la tierra con bastante prontitud. Si hubiera aventurado esta semilla en las cercanías de la estación árida, hubiera perecido ésta infaliblemente; púso-la, pues, en tierra por el mes de febrero, algo antes del equinoccio de la primave-

ra, es decir, algo antes de la época de las lluvias. Habiendo tenido el grano, para humedecerse, los meses de marzo y abril, brotó muy felizmente, y dio una copiosísima cosecha. Estudiando bien los momentos favorables para la sementera, aun llegó a recoger en lo sucesivo dos cosechas por año.

Había conseguido hacerse, aunque no sin mucho trabajo, una pala de madera, con cuyo instrumento, poco cómodo ciertamente, revolvía la tierra, y la preparaba para recibir sus siembras.

Cuando estaba maduro su trigo, cortábalo con un sable, como si fuera una especie de hoz. Los pájaros le hubieran ahorrado gustosos la pena de ello, y le causaron grandes destrozos al principio. No sabía Robinson como alejarlos de allí. Discurrió últimamente atar a una estaca tres o cuatro de aquellos ladrones, que había matado a escopetazos. Sirviendo de espantajo este ejemplo, produjo el mejor efecto posible; y Robinson, en lo sucesivo, no tuvo ya altercado ninguno sobre su trigo con la familia volátil. Quedaban los cuadrúpedos, tales como los machos cabrios, muy comunes en aquella isla y que hubieran querido que se les diera licencia para devorar el grano conforme iba saliendo de la tierra. Pero no hicieron perjuicio más que una sola vez; Robinson cerró su trigo con un vallado que se extendía todo alrededor, y para cuya custodia autorizó al buen Leal, que no se hallaba con humor de sufrir que saltaran por encima.

Tuvo que vencer nuestro amigo otras muchas dificultades todavía antes de lle-

gar a hacerse pan. Tenía necesidad de una piedra de molino para moler su trigo, de un costal o tamiz para preparar su harina, y separarla de las vainas y salvado, y finalmente de un horno para cocerla cuando estuviera amasada. Si él no podía proporcionarse puntualmente todas estas cosas, era menester, a lo menos, que se proveyese de otras que pudiesen sustituirlas con corta diferencia: y lo logró.

Lo que trató de proporcionarse al principio, fue un mortero de piedra para machacar o trillar su trigo: porque en orden a construirse un molino, exigía esto tanto arte, que ni aun siquiera le pasaba por la cabeza el poder conseguirlo. Sin embargo, por más diligencias no halló piedra que fuese bastante gruesa y tuviese suficiente diámetro, para que pudiese ahondarla y formar con ella un mortero. Tuvo precisión de servirse de un fuerte tajo de madera que labró con su hacha por fuera, y que ahuecó después con la ayuda del fuego. Se halló fácilmente la mano del mortero, que Robinson hizo de una madera dura y pesada que llaman *madera de hierro*.

Ajustó dos corbatas de tela de algodón, de modo que hiciesen las veces de cedazos o tamiz.

En cuanto al horno, se atormentó por mucho tiempo Robinson para imaginar los medios de construir uno. Dio al cabo, sobre este particular, en una invención harto ingeniosa: hizo algunos vasos de tierra muy anchos, pero poco profundos, es decir, que podían tener unos dos pies de diámetro sin presentar más que

nueve pulgadas de profundidad, y los coció al fuego. Cuando quería enhornar su pan, comenzaba calentando bien su hogar, que estaba enlosado con ladrillos cuadrados. Luego que su leña estaba reducida a ascuas, con escasa diferencia, extendía éstas a lo largo y ancho de su hogar, de modo que le cubriesen enteramente. Al cabo de unos instantes, apartaba aquellas ascuas, barriéndolas con mucho aseo; ponía en su lugar luego la masa, que cubría al punto con uno de los vasos de tierra cuya descripción hemos hecho más arriba; y reconcentraba el calor, amontonando alrededor de las ascuas y cenizas. De este modo, hacía cocer sus panes tan bien y completamente como en el mejor horno del mundo. No contento con hacer de panadero, se jactaba también de ser pastelero, pues hizo muchos pasteles de arroz.

También había conseguido formar en su cortijo un rebaño de machos cabríos y cabras, que le abastecían de cuanta leche y carne podía desear; por cuyo motivo en aquella época vivía en la abundancia de todas las cosas necesarias a la vida, y aun de cuando en cuando podía regalarse con algunas golosinas.

Le había costado sumo trabajo el coger sus primeros machos y cabras.

Para lograrlo, tendió redes, al principio, pero no bastó esto. Los animales que se cogían en estas redes, las rompían después de comido el cebo.

Se valió después del medio de un armadijo. Esta segunda tentativa no fue

más acertada que la primera. Recurrió últimamente a las trampas, las cuales fueron inútiles también en el principio; pero luego que las hubo perfeccionado, llenaron sus fines perfectamente: una mañana, halló en una un macho cabrío viejo, extraordinariamente grande; y en la otra tres cabritos, el uno macho y los otros dos hembras.

El macho era tan bravío, que no sabía qué destino darle Robinson; y no se atrevía a entrar en su armadijo, para llevarle vivo. Le hubiera sido fácil matarlo; pero ¿a qué fin lo hubiera hecho? Permite Dios que el hombre se alimente con la carne de los animales; pero únicamente es de bárbaros el hacerlos sufrir en balde. Robinson desató pues éste, y le dejó en plena libertad.

En cuanto a los cabritos, los sacó uno por uno de su hoya, y atando los tres con una misma cuerda, se los llevó a su morada.

Pasóse algún tiempo antes que los animalillos quisieran comer; pero tentados por último del buen grano que Robinson les ponía delante, comenzaron a comer y a domesticarse.

Ocupóse inmediatamente en construirles una especie de coto, en el cual los encerró. Era un terreno, largo de unas ciento veinte varas, y ancho de unas doscientas, que Robinson cercó con un vallado. Prosperaron allí sus prisioneros; y se multiplicaron en tal grado, que hubo en el espacio de año y medio un rebaño de doce cabezas, entre cabritos y cabras.

CAPÍTULO VIII

Penosos trabajos de Robinson para construirse una canoa. Otros trabajos para rehacer su indumentaria.

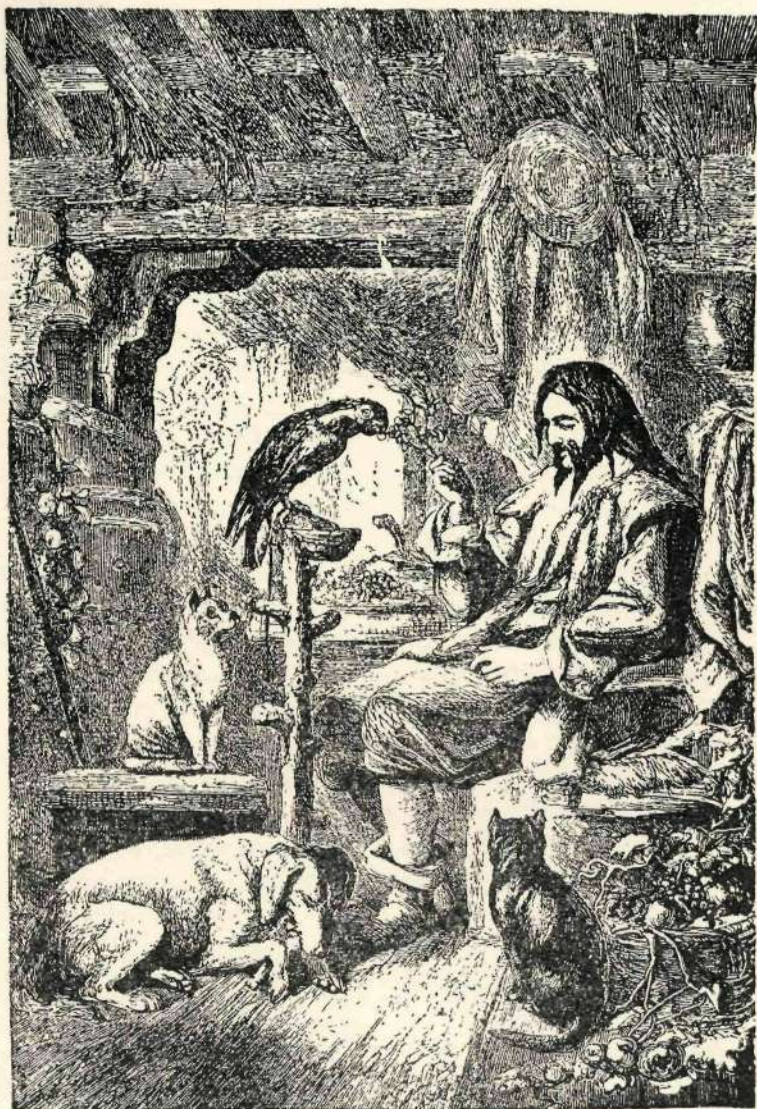
Todos estos beneficios no podían hacer olvidar a nuestro desgraciado amigo las bellas regiones en que había venido al mundo, y a los que, más afortunados que él, vivían todavía en ellas. Privado de toda comunicación con los hombres, y posiblemente para siempre, le era dolorosa semejante idea. Robinson se esforzaba siempre en desterrarla de su ánimo, e incesantemente anhelaba que Dios le deparara ocasión de juntarse otra vez con sus semejantes. La religión, a la cual había vuelto sinceramente, le imponía como una obligación el paciente y resignado sufrimiento de sus males; pero ella no le vedaba semejantes deseos: pues esta madre se complace en ver unidos con los vínculos del amor social a los mortales; su primera solicitud se dirige a instruirlos en la vida común, y reciprocidad de socorros; y solamente la falsa devoción puede complacerse en la soledad. Pero no siempre inspiraba Robinson sus deseos en la divina antorcha de la sabiduría; por lo que ellos le hicieron formar a veces ridículos proyectos y empresas imposibles.

Desde su cortijo, algo elevado sobre el Océano, había descubierto un día la tierra a la distancia de unas quince leguas. Esta tierra no podía menos de depender de América, y con arreglo a cuantos cálculos hizo Robinson, creyó que debía confinar con los países espa-

ñoles, pudiendo estar habitada enteramente por salvajes, quienes, si él hubiera arribado a ella, le hubieran hecho padecer sin duda una suerte más dura que no lo era la suya actual. Poco tardó sin embargo en buscar los medios de llegar a aquella tierra. Comenzó yendo a visitar la chalupa del navío, que la tempestad, después del naufragio, llevó bien adelante en la arena, y la volvió de arriba abajo. Si hubiera tenido a alguno para repararla, y echarla después al mar, hubiera podido servir esta lancha todavía para la ejecución de su proyecto; pero reducido a sus únicas fuerzas, le era tan imposible el repararla y botarla al mar, como el remover la isla. No obstante, intentó emprender tal obra: fue a los montes y cortó palancas y rodillos que trajo al paraje de la chalupa, persuadiéndose de que si una vez podía sacarla de allí, no le sería dificultoso reparar los daños que había recibido, y transformarla en un buen bajel, en el que pudiera aventurarse sin temor, por el mar.

No consumió menos de tres o cuatro semanas en esta infructuosa tarea. Viendo últimamente que no le bastaban sus fuerzas para levantar una tan pesada carga, se puso a ahondar por debajo, y emplear el uso de la zapa, para hacer caer aquella pesada lancha, colocando al mismo tiempo muchos maderos, para que pudiese caer sobre su fondo. No acertó más de este modo que del otro.

La lección era dura; la que, no bastando, fue seguida de otra segunda. No se lleva razón nunca cuando se lucha contra obstáculos invencibles; y si supiéramos cuantas penas y sentimientos se



Solo, lo mismo que un rey, comía rodeado de mis cortesanos...

originan de las acciones inconsideradas, no emprenderíamos nada sin reflexionarlo maduramente. “¡Y bien, — dijose Robinson — me es preciso abandonar esta chalupa; pero si construyera del tronco de un árbol una canoa semejante a las que los naturales de estos países se hacen!” Y no siendo ya más que la dificultad el transformar el tronco de un árbol en una canoa, y olvidando que si él no hace esta canoa en la misma orilla del mar, no podrá llevarla allá como no pudo con la chalupa, deja una eminencia entre sí y la playa, y va a cortar un cedro en el monte inmediato.

Este cedro era uno de los más hermosos; tenía, cerca del tronco, cinco pies y diez pulgadas de diámetro. Antes de conseguir derribarlo, se ocupó incesantemente Robinson, por espacio de veinte días, en hacerle astillas y cortarle el pie. No gastó menos de otros quince días en cortar su vasta y espaciosa copa. Le fue necesario un mes para labrarlo y acapilarlo con medida y proporción, a fin de hacerlo algo semejante a un buque, para que pudiese flotar derecho.

Le bastaron apenas tres meses enteros para labrarlo interiormente, y ahondarlo de modo que hiciera las veces de una perfecta lancha. Vióse últimamente poseedor de un hermosísimo bote bastante capaz para llevar veinte y seis hombres, y suficiente, por consiguiente, para él y toda su impedimenta.

Ufano en extremo, Robinson, de haber hecho por sí solo aquel barquichuelo, bogaba ya con la imaginación sobre el mar; pero faltaba aún lograr transportarlo sobre el líquido elemento.

El primer obstáculo que se le presentó fue la eminencia que mediaba entre la playa y el buque. No atemorizó, sin embargo, este obstáculo a Robinson, el cual resolvió desvanecerlo enteramente con la pala, y aun reducir en declive la altura. Pero luego que, después de un infinito trabajo, hubo allanado esta dificultad, no se vio más adelante en su empresa; porque le fue tan imposible el remover aquella canoa como la chalupa mencionada.

Midió entonces lo largo del terreno, y formó el proyecto de abrir un canal para hacer venir el mar hasta su canoa. Pero habiendo computado cuáles debían ser la profundidad y anchura de semejante canal, y hallado que le serían necesarios seguramente diez años de molestias y tareas antes de haberlo acabado, abandonó la fatal canoa, llorando de despecho, y maldiciendo su desgracia o poca fortuna.

No pudo llorar por mucho tiempo sobre esta contrariedad. Apenas hubo cesado de ser carpintero, cuando se hizo sastre. Comenzaban a deteriorarse sus vestidos. Por más calor que hiciera en su isla, no le era posible pasarse sin ellos: estando desnudo, padecería más con el ardor del sol, que le causaba dolores agudos en todo el cuerpo. Recogiendo todos sus andrajos, logró hacerse, después de sumo trabajo, una especie de abrigo, dos o tres chalecos y otros tantos calzones.

En aquella circunstancia, pensó también en utilizar las pieles de cuantos animales había matado cazando; pues las conservaba cuidadosamente. De ellas se fabricó primero una gorra, volviendo ha-

cia fuera el pelo, y después una chupa y un calzón. Deseaba además, muy ardentemente, construirse un paraguas, a fin de tener un abrigo contra el sol y la lluvia, que es muy peligroso recibir directamente, en aquellas regiones.

Pero le costó esta obra más trabajo y tiempo que todas las demás; y la volvió a comenzar muchas veces: quería un quitasol que pudiese plegar a voluntad. Consiguió hacer finalmente uno, y lo cubrió con pieles.

CAPÍTULO IX

Robinson consigue botar una canoa, de la cual se sirve para dar la vuelta a su isla por mar.

No había renunciado para siempre Robinson al designio de construirse una canoa, de la cual pudiese valerse para abandonar su isla. Pero en vista del fracaso primero, fue más prudente esta vez; escogió un árbol menos grueso, y cuidó de que no mediara eminencia ninguna entre la playa y el sitio en que abatió el árbol.

Acabada la canoa, ahondó un canal, profundo de seis pies, y ancho de cuatro, para conducirla al mar. Esta última operación le costó cerca dos años de trabajo.

Pero apreciada esta canoa en su justo valor, no era más que un débil esquiife; y considerándola Robinson así cuando fue botada al agua, comprendió ciertamente que no podría servirle nunca para hacer un viaje como el que él proyectaba tanto tiempo hacía. No quiso malograr,

sin embargo, totalmente el fruto de sus penas, y resolvió dar la vuelta a su isla por mar.

Este proyecto era también uno de los más imprudentes; Robinson no conocía la costa, y corría los mayores peligros al aventurarse por ella; como no tardó en experimentarlo.

La isla tenía en su levante un gran macizo de peñas que se adentraban dos leguas en el mar; las unas se elevaban por encima del agua, pero otras permanecían ocultas bajo ella; había, al extremo de estas peñas, un gran banco arenoso que estaba en seco, y se internaba una media legua en el mar; de modo que para doblar esta punta le era necesario a Robinson adentrarse mucho en el mar.

No bien hubo llegado a ella, cuando se halló con una corriente tan violenta como pudiera serlo una presa de molino. Esta corriente se dirigía hacia alta mar y arrastró con tanta fuerza a Robinson, que no le fué posible retener su bote cerca de la costa. La calma que reinaba, no le dejaba esperar nada de los vientos, y toda su maniobra era en balde. Túvose por un hombre perdido: todas sus provisiones consistían en un puchero lleno de agua fresca, y una gran tortuga.

“¡Cuán fácil le es a la Providencia, decía dentro de sí mismo, el transformar la condición más triste en otra más deplorable todavía!”

Su isla, que él había maldecido tantas veces, le parecía entonces el más delicioso sitio de la tierra: todo su anhelo se reducía a volver a ella.

“¡Feliz desierto! exclamaba volviendo hacia su isla la vista; ¡feliz desierto! ¡no

te volveré a ver ya! ¡Cuán desgraciado soy! ¡Fatal inquietud! me has hecho dejar esa preciosa mansión; pero qué no daría yo ahora por volverme allá!”

No es posible pintar la consternación en que Robinson se hallaba. Maniobrababa, sin embargo, con todas sus fuerzas, procurando resistir a la corriente que le llevaba más adentro; pero empezaba a desesperar, porque ya estaba a una gran distancia de su isla hasta el punto de que casi la había perdido de vista.

Un viento que se levantó repentinamente al sud-sudeste, le restituyó las esperanzas y el valor; este viento conducía hacia tierra, y era más favorable por momentos. Robinson arribó en breve al norte de su isla, por el lado opuesto al de su partida. Habiendo arribado, se arrodilló, besó por diferentes veces la tierra, y dió gracias al cielo por el inesperado socorro que de él había nuevamente recibido.

Para concebir uno la alegría que experimentaba entonces Robinson, es preciso compararla con la que recibe un ajusticiado cuando se le otorga el perdón.

Estaba molido de cansancio. Habiendo llevado su canoa a una pequeña ensenada que había vislumbrado, y guarecerla contra todo evento, se apresuró a llegar a su cortijo, del que se reconoció cercano, a fin de descansar allí con toda comodidad. Habiendo por fin llegado a él, no quiso tomarse la molestia de hacer su cama, y se acostó a la sombra de su vallado.

Habiéndose dormido, calcúlese cuánta fue su sorpresa de verse despertado por una voz que le llamaba con su propio

nombre: *Robinson, pobre Robinson Crusoe, ¿en dónde habéis estado? ¿Cómo habéis venido aquí?* Estas fueron las palabras que oyó proferir y repetir, harto mal en un principio; porque estaba tan cansado que no se despertó del todo en el primer momento.

Medio dormido, se levantó, muy pasmado, y consternado en extremo; pero le aquietó la vista de su papagayo. Habiéndose escapado este pájaro de su jaula durante la ausencia de Robinson, y encontrando a su vuelta dormido a su amo, fue a posarse en el vallado, desde donde le decía aquellas bonitas palabras que había aprendido de él. Llamóle Robinson; el amable papagayo fué a posarse en su dedo pulgar, y le repetía, como si se alegrara de volver a verle, las palabras que le habían despertado.

CAPÍTULO X

Robinson vuelve a su caverna, en la que continúa sus trabajos. Muere su perro. Paseándose por la playa ve la señal de un pie, y halla los despojos de un festín de antropófagos.

Vuelto Robinson a su habitación, y fastidiado de aquella nueva especie de viaje marítimo, volvió a sus tareas domésticas. Bajo este aspecto, se perfeccionaba más y más cada día. Había inventado una rueda por cuyo medio daba una forma sumamente cómoda a sus vasijas, que eran anteriormente toscas en extremo. También acertó a fabricar una pipa, con lo cual se alegró sobremanera, porque era muy amigo de fumar.

Habiendo encontrado por último un árbol cuyas ramas tenían la flexibilidad del mimbre, construyó algunos canastillos, que aunque estaban mal contorneados, no dejaron de serle utilísimos.

Todo prosperaba tanto en su fortaleza como en su cortijo; y, habituándose el mísero solitario a la idea de permanecer en su isla, comenzaba a contemplar su suerte con ojos menos tristes, cuando una nueva desgracia llegó a contristar su vida; perdió al compañero de sus pesares y tareas, a su amigo único, a Leal. Este perro murió de vejez; y Robinson le vio irse apagando, sin poder asistirle con el menor socorro. El pobre animal conservó hasta el postrer momento su afecto para con su amo, y espiró haciendo un esfuerzo para arrastrarse a sus pies.

Nosotros tal vez no hagamos mucho caso de estos hechos que nos parecen triviales; tenemos tantos amigos, que casi no hacemos la menor atención al mejor de todos ellos. Es mucho si se consigue de nosotros una lágrima en su muerte. Pero Robinson se quedaba solo después de perdido Leal, y le lloró con amargas lágrimas. Lorito no podía substituirle; el loro no es más que un frío y servil imitador; acaba aprendiendo a proferir las palabras que le repetimos con frecuencia; pero las profiere maquinalmente, y de un modo que nos hace ver que no les aplica idea ninguna.

Un perro no habla, pero todo él es sentimiento; halaga incesantemente, y se nota que halaga a causa de que quiere. Parece compartir todas nuestras penas y alegrías. Da brinco cuando estamos

contentos, y anda con las orejas caídas cuando nos ve tristes.

Robinson tenía también dos gatos; pero el natural de este animal no vale ni con mucho al del perro.

Estuvo como inconsolable por espacio de algunos días; corría por una y otra parte; atravesaba su isla por todos los lados, no sabiendo cómo distraerse de un recuerdo que le conmovía el ánimo y le partía el corazón.

Si encontráramos a un hombre con los atavíos que usaba Robinson entonces, nos asustaríamos, o nos movería a risa. Figúrese cualquiera una idea de la figura de Robinson por el retrato que vamos a hacer.

Llevaba un sombrero de una descomunal elevación, sin ala, y hecho de piel de cabra. Por detrás, había atado un medio pellejo de macho cabrío que le cubría todo el cuello; era esto con la mira de preservarse del ardor del sol, y de impedir que el agua penetrase dentro de sus vestidos.

Llevaba una especie de ropón corto, hecho de piel de cabra, como su sombrero. Sus ribetes le bajaban hasta las rodillas; los calzones estaban abiertos enteramente; era la piel de un macho cabrío, cuyo pelo era tan extraordinariamente largo que bajaba, como sucede con los pantalones, hasta media pierna.

No llevaba medias ni zapatos; para cubrirse las piernas, se había hecho un par de una especie de borceguíes; atábalos como se atan las polainas; y su forma era extraña y bárbara, como la de su restante vestimenta.

Usaba dos cinturones, también de piel de macho cabrío.

El primero le servía para llevar una sierra y un hacha, la una de un lado, la otra del otro.

El segundo le colgaba por encima de los hombros. Le había acomodado dos bolsillos, poniendo en uno su pólvora, y en otro sus perdigones.

Llevaba al hombro un canastillo, en las espaldas una escopeta, y sobre la cabeza un quitasol hecho harto toscamente.

En cuanto a su rostro, no estaba tan tostado como se hubiera podido creer de un hombre que no tenía cuidado ninguno de él, y que no distaba de la línea ecuatorial más que ocho o nueve grados.

Se había dejado crecer una vez la barba hasta la largura de dos tercios de vara; pero como tenía tijeras y navajas de afeitar, se la cortaba comúnmente bastante a raíz, excepto la que le crecía sobre el lado superior. Se había complacido en formar con ella unos bigotes a la mahometana, y parecidos a los que llevaban los turcos que había visto en Salé.

Pero esta figura, tan acomodada para espantar, no le preservó a él mismo del espanto en uno de sus paseos.

Un día que se encaminaba hacia el paraje en que había dejado su canoa, vió en la arena, muy distintamente, las huellas de un pie humano. Quedóse parado de repente, como si le hubiera asaltado un rayo. Púsose a escuchar, y lo miró todo alrededor de sí; pero no vió ni oyó nada. Subió a una pequeña eminencia para extender su vista, bajóse de allí y fue de nuevo a la playa; pero no descu-

bró nada interesante, ni vestigio humano alguno.

Volvióse atrás, con la esperanza de que su temor no era quizás más que el efecto de un juego de su imaginación; pero vio de nuevo las mismas huellas de un pie desnudo, el dedo pulgar, el talón, y, finalmente, todos los indicios de un pie de hombre.

Huyó hacia su fortificación, volviendo atrás la vista a cada paso, y tomándolo todo por enemigos emboscados. No bien hubo llegado a su morada, cuando se metió en ella como uno a quien van persiguiendo.

No pudo dormir en toda la noche: se aumentaban sus temores, a proporción que él se apartaba de la causa de su espanto: bien opuesto, bajo este aspecto, a lo que comúnmente acaece a cuantos animales tienen miedo. Se hallaba tan perturbado, que llegó hasta el grado de imaginarse por un momento que había venido exprofeso el diablo a su isla para amedrentarle.

Esta loca idea no podía ocuparle por mucho tiempo; volvió a creer bien presto otra vez que únicamente una quimera motivaba su temor. "Dios mío, dijose a sí mismo, habré seguido, al volver de mi chalupa, el mismo camino que al ir a ella, y me habrán amedrentado mis propias huellas". Volvió pues de nuevo al paraje de que tratamos; pero habiendo llegado al sitio, se convenció de que no era posible que hubiera salido de su barca cerca de allí. Halló por otra parte el vestigio consabido mucho mayor que su pie; lo cual llenó de nuevas agitaciones

su corazón, y de nuevos vahidos su cerebro.

Persuadido de que algunos salvajes habían desembarcado en su isla, o bien que ésta se hallaba habitada, y que él corría peligro de verse acometido de improviso, quería al principio derribar sus cercados, y echar otra vez a los montes su rebaño domesticado, de miedo que los antropófagos llegasen a descubrirle o sospechar de su existencia.

Pero calmándosele más el ánimo, lo fijó de allí a poco en la más razonable de estas dos conjeturas, y pensando que no había realmente más moradores que él en su isla, pero que según las trazas venían de intento a ella algunas veces en una chalupa, o en virtud de contrarios vientos, no trató ya más que de ocultarse y fortificarse.

Comenzó a pesarle entonces el haber abierto tan adelante su caverna, y dándole una salida en la espalda de sus fortificaciones.

Para remediar este inconveniente, que podía serle fatal en caso de ataque, resolvió formarse un segundo atrincheramiento con la misma figura de un semicírculo por aquella parte en que había plantado, muchos años hacía, una doble hilera de árboles. Estaban tan apiñados, que bastaba un corto número de empalizadas entre ellos para transformarlos en una fortificación suficiente.

Había dos defensas por delante de su caverna; la exterior estaba rebatida con maderos, cables viejos, y cuanto había creído propio para reforzarla. Aumentóla todavía: la hizo gruesa de más de diez pies a puro traer allí tierra, a la que

él daba consistencia. En ella abrió cinco aberturas, para colocar cinco mosquetes, que había sacado del navío, y que destinó a hacer las veces de artillería.

Habiéndose acabado esta obra, llenó un gran espacio de tierra por fuera de la defensa, con renuevos de aquella madera de que había hecho canastillos, y que eran propios para afirmarse y crecer en poco tiempo. Hincó de ellos en la tierra, en un solo año, más de veinte mil.

Formaban ya de allí a dos años un espeso bosquecillo; y al cabo de seis presentaban un monte de tal espesura que absolutamente no se podía penetrar en él, y que a ninguna alma viviente le hubiera podido ocurrir pensar que se ocultara allí la morada de una criatura humana.

Como no había dejado avenida ninguna a su castillo, porque es menester nombrar así en lo sucesivo su morada, se servía para entrar y salir de él, de dos escalas; con la primera subía hasta un paraje de la peña en que había espacio para sentar la segunda.

Retiradas las dos escalas, no había ya medio ninguno para introducirse en su morada.

Le restaba proveer a la seguridad de su rebaño de cabras, que comenzaba no solamente a serle de un gran recurso en las presentes ocasiones, sino que también, para lo sucesivo, le hacía esperar el ahorro de sus perdigones y pólvora, que sin ello hubiera debido emplear en la caza de las cabras monteses.

No halló más que dos medios para preservarlas de todo ataque.



Descubrió la huella de un pie descalzo...

El primero, era abrir una caverna debajo de tierra, y encerrarlas allí todas las noches.

Y el segundo, hacer dos o tres cercadillos, distantes los unos de los otros y lo más ocultamente que fuera posible, en cada uno de los cuales pudiera encerrar una media docena de cabras jóvenes, a fin de que, si acaecía algún desastre al rebaño en general, pudiese rehacerlo en breve tiempo y con poco trabajo.

Habiendo hallado el primer cercado, que la naturaleza había costeadado casi por entero, andaba en busca del segundo; y adelantaba para ello más de lo que todavía lo había hecho, hacia la punta occidental de la isla, cuando, desde una altura, creyó ver, bien adentrada en el mar, una chalupa.

Había hallado algunos anteojos de larga vista en uno de los cofres que había salvado del navío, pero que por desgracia no llevaba consigo entonces; y se bajó de la colina no sabiendo si debía dar crédito al testimonio de sus propios ojos.

No permaneció en esta incertidumbre mucho tiempo; pues le sacó de ella un espectáculo lleno de horror.

Apenas hubo dado algunos pasos, cuando vió en lontananza unos despojos macabros y en las cercanías de la playa, halló la tierra sembrada de cráneos, manos, pies y otros huesos de hombres.

Vió también esparcidas por allí las sobras y restos de un festín.

CAPÍTULO XI

Robinson lucha contra los antropófagos y pone en libertad a una de sus víctimas.

Reconociendo Robinson por estas señales nada equívocas, que acababan de comer allí algunos hombres la carne de sus semejantes, retrocedió estremecido. Con frecuencia había oído hablar de aquellos horrendos festines; pero su vista le afectó como si la cosa no le hubiera ocurrido jamás en la imaginación. Por más que apartó sus ojos de aquel repugnante espectáculo, sintió todo el horror de aquel acto; y aun iba a desmayarse si no se hubiese vigorosamente repuesto de su repulsión. Se apresuró a llegar a su morada, dando gracias a Dios de haberle hecho nacer en una parte del mundo, remota de tan abominable pueblo.

Habandonó, desde aquel momento, los pacíficos trabajos en que se había ocupado por tanto tiempo. No pensó ya más que en continuar fortificando su habitación y armar lazos a los salvajes; porque la vista de las pruebas de su barbarie le había infundido tanto horror contra aquellos monstruos, que dedicó varios días con sus noches a buscar los medios de aniquilar a algunos de ellos en el acto mismo de sus crueles comidas.

En principio pensó abrir una mina debajo del sitio en que ellos hicieron la fogata, y poner allí cinco o seis libras de pólvora, que, encendiéndose desde que su lumbre penetrara en ella, haría volar cuánto se hallara en las inmediaciones.

Pero esta mina podía no producir efecto ninguno; y le quedaba poquísima pólvora a Robinson, para que quisiera arriesgar el sacrificio en balde.

Desistió pues de este designio, y se propuso emboscarse en un sitio a propósito, con sus tres escopetas cargadas con tiros dobles. Podía disparar desde allí contra aquellos bárbaros en medio de su horrenda ceremonia, seguro de matar o herir cuando menos a dos o tres con cada tiro, y acabar con los restantes, aun cuando fueran una veintena, cayendo con su sable sobre ellos.

Consumió muchos días en buscar un sitio acomodado para la ejecución de este designio, aun bajando a menudo hasta el sitio del banquete de los caníbales.

Halló al cabo un paraje en uno de los flancos de la colina, en el cual podría esperar con seguridad la llegada de las barcas, y desde donde, mientras ellos desembarcaban, podría internarse en lo más espeso del monte. Descubrió también allí un árbol hueco, capaz de ocultarle enteramente; desde él acecharía todas sus acciones, y les apuntaría cuando, al comer, estuviesen tan apiñados, que fuera casi imposible no dejar inhabilitados para la pelea a tres o cuatro con el primer tiro.

Contento de este sitio y resuelto a ejecutar su empresa, preparó dos mosquetes y una escopeta. Cargó los primeros con metralla y cuatro o cinco balas de pistola, y la otra con un puñado de gruesos perdigones.

Pertrechado de municiones para una segunda y tercera descarga, aguardó en esta postura al enemigo; pero no pare-

ció éste; y Robinson fue así por espacio de más de dos meses, a ponerse todas las mañanas de centinela en aquella colina, sin hacer el menor descubrimiento, ni ver la menor barca, no solamente cerca de la playa, sino ni aún tampoco en todo el Océano, en cuanto a su vista podía alcanzar. Abandonó al último aquel puesto.

La dilación e inutilidad de esta expectación había calmado sus ansias; no tardó mucho en reflexionar el peligro de su empresa; y el furor hizo lugar al temor. Fastidiado de andar en busca de los salvajes, no pensó ya, por el contrario, más que en evitar que le descubriesen ellos.

Ninguna precaución le pareció suficiente, ni sitio alguno bastante seguro, No se atrevía a hacer lumbre de día, por miedo que le descubriese el humo; ni iba a caza ya más que con un arco, para evitar el ruido de la escopeta; llegó finalmente hasta el grado de buscar a todo evento un refugio, que pudiese hacer sospechar su existencia todavía menos que su antigua habitación. No tardó en hallarlo; pero experimentó en esta ocasión un temor que es menester referir para probar a los jóvenes lectores de esta obra que no debemos temblar jamás sin tener un motivo para ello.

Era una caverna lo que Robinson había descubierto detrás de algunas malezas del monte. La satisfacción y curiosidad le movieron a entrar en ella con precipitación; pero se salió más precipitadamente todavía, cuando alcanzó ver en lo interior de aquella lóbrega caverna dos ojazos relucientes como estrellas.

¿Era acaso un monstruo? ¿el diablo por ventura?

Robinson deliberó por mucho tiempo antes de entrar en ella con su lámpara en una mano y una pistola en la otra. Pero ¡lo que son las cosas! había sencillamente un macho cabrío que estaba espirando de puro viejo.

Era esta nueva caverna cuatro veces más espaciosa que la en que había guardado todos sus tesoros hasta entonces, y su entrada se hallaba infinitamente mejor disimulada; trasladó a ella cuanto poseía de más precioso, resuelto a pasar allí él mismo en caso de peligro.

Los salvajes se dejaban ver de vez en cuando; y si Robinson no había advertido antes, que ellos tenían la costumbre de ir a celebrar sus victorias en aquella isla, fue debido a que no había encaminado sus pasos más pronto hacia el sitio ordinario de sus desembarcos.

Un día le causaron tal pavor, que éste hizo renovar en él cuantos proyectos de venganza tenía ya formados contra ellos.

Ocurrió esto en el mes de diciembre, la temporada ordinaria de su cosecha. Saliendo de su casa de campo un poco antes del amanecer para ir al trabajo, descubrió una intensa luz en la playa, no por el lado en que había observado arribaban los salvajes comúnmente, sino hacia su habitación. Voló allá prontamente, y se encerró en ella, cargando sus pistolas y escopetas, y disponiéndose finalmente para una rigurosa resistencia.

El enemigo, sin embargo, no se presentaba. Robinson, después de dos horas de expectación sin tener a nadie para enviar a reconocer, e incapaz de so-

brellevar por más tiempo una tan cruel incertidumbre, se alentó para subir a lo alto de su peña. Púsose allí boca abajo, y se sirvió de su antejo de larga vista para descubrir de qué se trataba. Vió al principio a nueve salvajes sentados en rueda alrededor de una pequeña lumbre, no para calentarse, pues hacía un gran bochorno, sino, según imaginó, para preparar algunos manjares de carne humana que ellos habían traído consigo.

Habían venido en dos canoas las cuales habían sacado hacia la playa; y como era el tiempo del flujo entonces, conjeturó Robinson que aguardaban el reflujo para volverse.

Lo cual sucedió así: desde que la marea comenzó a ir por la parte del occidente, se arrojaron en sus barcas y remaron con fuerza.

Luego que nuestro amigo los vio embarcados, salió con dos escopetas al hombro, dos pistolas en la cintura y su ancho sable al lado. Subió por la colina desde donde había visto las señales de los horrendos banquetes de aquellos caníbales y descubrió allí que, por aquella parte, había otras tres canoas que estaban en el mar, igualmente que las otras, con dirección al continente.

Habiendo bajado a la playa, hallóla cubierta con las reliquias del horrendo banquete. Aquel espantoso espectáculo, de que era por segunda vez testigo, le llenó de furor, y, olvidándose de todos los consejos de la prudencia, resolvió de nuevo caer sobre la primera cuadrilla que se le presentare, por más numerosa que fuese.

Esperaba la ocasión para ello hacía ya mucho tiempo, pero la tuvo presente al cabo; había llegado el momento en que iba a luchar contra aquellos bárbaros, y a ganarse, con una buena acción, un compañero de infortunio.

Vio una mañana en la playa seis canoas cuyos dueños estaban en tierra ya, y fuera del alcance de su vista. Después de haberse armado de pies a cabeza, subió a su peña para observarlos.

Reconoció desde allí, por medio de un antejo de larga vista, que los llegados eran treinta a lo menos, que habían encendido lumbre para preparar su horrible festín, y que bailaban a su alrededor según el estilo de su país.

Viólos de allí a un instante sacar de una barca a dos infelices para despedazarlos. Uno de los dos cayó a tierra bien presto, acogotado de un estacazo, y se echaron encima sin dilación dos o tres de aquellos verdugos, le abrieron el cuerpo y prepararon sus pedazos para su inicua comida, mientras que la otra víctima permanecía cerca de allí, aguardando su turno para ser inmolada. Hallándose este desdichado entonces con alguna libertad, le inspiró el instinto de conservación alguna esperanza de salvarse; y echó a correr, con toda la imaginable celeridad, hacia el lado donde estaba Robinson.

Se atemorizó éste sobremanera al verle tomar aquella dirección: imaginó que toda aquella cuadrilla iba a perseguirle, y entrar con él en la especie de bosquecillo que había plantado alrededor de su habitación. Se quedó, sin embargo, en el mismo sitio, y bien presto tuvo moti-

vos de aquietarse, al ver que únicamente tres hombres venían en alcance de aquel desdichado. Se les adelantaba éste bastante espacio, de modo que debía escaparse de sus manos indudablemente, si sostenía aquella carrera siquiera durante media hora.

Entre él y Robinson mediaba una corta bahía, en la cual debía quedar cogido necesariamente, a no pasarla nadando. Pero luego que hubo llegado a aquel paraje, no se halló nada embarazado; y aunque la marea había subido hasta allí, se arrojó a ella sin reparar en cosa ninguna, y llegó a la otra orilla en una treintena de brazadas; después de lo cual echó a correr otra vez.

Cuando sus tres enemigos llegaron al mismo paraje, notó Robinson que dos sabían nadar, y que el tercero, después de haberse detenido algo en la orilla, se volvía a paso corto hacia el lugar del festín. Observó además que los dos que nadaban consumían en pasar aquella agua el doble del tiempo que su prisionero había empleado. Un impulso natural le hizo dejar su puesto de observación, para ir en socorro del infeliz que tan bien defendía su vida. Hallóse en un momento entre él y los que venían en su alcance. Voló inmediatamente contra el más adelantado, y le echó a tierra de un culletazo, queriendo más deshacerse de él por este medio que por el de un escopetazo, por miedo de ser oído de los otros salvajes. Viendo el segundo caer a su camarada, se paró de repente, como amedrentado. Continuó Robinson yendo en derechura hacia él. El salvaje armó su arco; y olvidando entonces Robinson el



Le aquietó Robinson haciéndole algunos halagos

motivo que en el principio le había impedido tirar, le apuntó, y le dejó muerto de un tiro.

Se quedó el pobre fugitivo más asustado con el ruido del arma de fuego, que tentado de ir a dar las gracias a su libertador; y permaneció inmóvil. Su planta era la de un hombre pasmado, y Robinson creyó ver en ello la intención de huir todavía. Hízole señal para que se acercara; el desdichado, después de haberse hecho repetir muchas veces este convite, aventuró algunos pasos, volviendo a parar todavía. Se imaginaba sin duda que había caído prisionero por segunda vez, y que iba a ser muerto como sus dos enemigos. Últimamente, habiéndole dirigido de nuevo Robinson algunas palabras de amistad, se acercó, pero despacio, y postrándose de diez en diez pasos, como para mantener al desconocido que le había socorrido, en sus buenas intenciones. Habiendo llegado cerca de Robinson, se arrodilló, tomó uno de sus pies, y lo puso sobre su cabeza, a fin de darle a entender sin duda que le reconocía por señor suyo, y que le juraba una inviolable fidelidad.

Le aquietó Robinson haciéndole algunos halagos. Comenzaba a recobrarse algo cuando echó de ver que el salvaje que había caído a tierra de un culatazo, vivía todavía, y hacía por volverse a levantar. Pintóse de nuevo el espanto en su figura, pero sacóle bien presto de inquietud Robinson acabando de libertarle de su enemigo. En reconocimiento de

cuyo servicio, pronunció algunas palabras que nuestro amigo no pudo comprender, pero que le dejaron sumamente contento sin embargo; pues era una gran dicha para Robinson el oír la voz de un hombre después de tantos años que estaba privado de este gusto.

Quiso Robinson que se enterrasen los muertos inmediatamente, por el temor de que viniera en busca de ellos lo restante de la cuadrilla. Viendo después que su huésped se caía de cansancio y necesidad, le dio algún alimento, y le llevó a la caverna que había descubierto recientemente, a fin de que pudiese tomar allí algún descanso.

No permaneció en ella por largo tiempo el salvaje. Vino al cabo de una media hora a encontrarse otra vez con Robinson en su cercado, al que había ido para ordeñar sus cabras. Repitió allí todas las señales de sumisión que tenía ya dadas en el momento de su libramiento. Dióle a entender Robinson, por señales igualmente, que estaba contento de él, y que no le abandonaría jamás.

Era un mocetón de veinte a veinticinco años, bien hecho, diestro, robusto y ligero. Poseía varoniles trazas, pero nada feroces; por el contrario, se pintaba en sus facciones aquella dulzura que es privativa de los europeos. Tenía largo y negro el pelo, elevada la frente, llenos de fuego los ojos, bastante fresca la tez, aunque de color aceitunado, redonda la cara, agraciada la nariz, delgados los labios, hermosa la boca, bien dispuestos y blancos como el marfil los dientes.

CAPÍTULO XII

Robinson da el nombre de Viernes al salvaje que ha libertado. Le instruye y asocia en todos sus trabajos.

Nuevos compañeros de infortunio.

Robinson, en el siguiente día, después de haberse asegurado de que los salvajes se habían vuelto a embarcar, pensó en donde alojaría a su esclavo. Todavía no le conocía suficientemente para fiarse de él, y ponerse a su discreción; y no halló cosa más conducente que la de construirle una choza entre sus dos atrincheramientos, no dejándole por otra parte arma ninguna de que pudiera hacer un mal uso.

Por fortuna no era muy necesaria semejante precaución; porque ningún hombre tuvo nunca un criado más fiel, lleno de candor y amor para con su amo. El mozo salvaje tenía pocos defectos, y poseía mil buenas prendas; carecía de fantasías, terquedad, y arrebatos; y era inteligente, vivo, con memoria, y aun invención.

Aprendió en brevísimo tiempo a nombrar bastante bien cuantas cosas se le presentaban a la vista; tampoco tardó mucho en poder auxiliar a Robinson en todas sus tareas. Supo trillar el trigo y hacer pan en pocos días. Aprendió todo lo restante con mucha mayor prontitud que hubieran podido hacerlo muchos europeos. Robinson le puso el nombre de *Viernes*, en memoria del día en que le había arrancado del poder de sus enemigos; y este nombre fue bien presto tan

familiar al caribe, como si le hubiera llevado desde su más tierna infancia.

Cuando Robinson, al siguiente día de su combate con los salvajes, fue a visitar el campo de batalla, reconoció, por señales nada equívocas, que aquel a quien había libertado, era también antropófago, y que de buena gana se hubiera alimentado con la carne de los monstruos, que en la víspera se disponían a regalarle con la suya. Pensó luego en disuadirle de este apetito de canibal, haciéndole gustar de otras carnes. Llevóle pues una mañana al bosque en que tenía ánimo de matar uno de sus propios cabritos; pero al entrar en él, descubrió una cabra montés echada a la sombra, y acompañada de dos hijuelos suyos. Con esto detuvo a su esclavo, haciéndole seña para que no se meneara; disparó al mismo tiempo contra uno de los cabritos, y lo mató. Asustado de nuevo el pobre salvaje, que tres días antes le había visto tumbar de lejos a uno de sus enemigos sin alcanzar por qué medio, temblaba como las hojas en el árbol: y sin volver la vista hacia la parte del cabrito, no pensó más que en abrirse la chupa, para examinar si él mismo estaba herido. Creyó, sin duda, en su terror, que Robinson había resuelto deshacerse de él; pues fue a ponerse de rodillas a sus pies, dirigiéndole harto difusos discursos de los que éste no entendía nada, sino que le rogaba que no le matara.

Robinson, para desengañarle, le tomó de la mano sonriéndose; y mostrándole con el dedo el cabrito, le hizo seña para que fuera a buscarle. Mientras que él estaba ocupado en descubrir como aquel



...valía más ahuecarlo con herramientas, lo cual hizo diestramente ..

animal había recibido la muerte, cargó Robinson otra vez su escopeta, viendo a algunos pasos de allí, sobre un árbol, un papagayo. Llamando al salvaje y mostrándole el papagayo y la tierra que estaba debajo del árbol, le dio a entender el designio suyo de abatir el pájaro.

Echóle a tierra efectivamente, y quedó tan pasmado como la primera vez el salvaje. No habiendo visto cargar la escopeta, la miró como una inagotable fuente de ruina y destrucción. No pudo volver de su espanto en mucho tiempo. No se atrevió a tocar la escopeta durante muchos días, pero le hablaba como si este instrumento hubiera sido capaz de oírle y de responderle. Supo Robinson en lo sucesivo, que era para rogarle que no le matara.

En aquella misma noche, desolló nuestro amigo el cabrito, hízole pedazos, y puso algunos de ellos a la lumbre en un puchero. Robinson, después de haber bebido el caldo, dió una parte de la carne al salvaje, que viendo que él la comía, se puso a probarla también. Hallóla buena; pero lo que le causó extrañeza, es que Robinson sazónase con sal su porción antes de comerla. Para dar a conocer a su amo la repugnancia que esto le causaba, metió algunos granos de sal en la boca, los escupió, y puso un gesto como si se le revolviera el estómago; y se lavó la boca con agua fresca.

Robinson, después de haberle familiarizado con aquel alimento, quiso regalarle en el siguiente día con un plato de asado; lo cual hizo atando un pedazo del cabrito a una cuerda, y dándole vueltas de continuo delante de la lumbre, como

lo había visto practicar algunas veces en Inglaterra. Luego que el salvaje hubo gustado de él, hizo tan diferentes gestos para decir que lo hallaba exquisito, y que ya no comería de la carne humana, que el que no le hubiese comprendido hubiera sido ciertamente bien poco entendedor.

La buena conducta del salvaje y la confianza que ella infundía, engendraron una idea consoladora en Robinson. “Y bien — se dijo interiormente de resultas de una reflexión sencillísima — este salvaje no puede estar aquí lejos de los lugares que le vieron nacer; me debe la vida y se manifiesta reconocido de ello; si por este medio me fuera posible salir de otra isla, quizás desde su país podría volver a Europa”. Lo que presentaba a Robinson una esperanza todavía remota de volver a ver su patria, se hacía en el instante mismo el querido objeto de todos sus pensamientos y el único fin de todas sus acciones: y no pensó ya desde aquel instante más que en habilitar a Viernes para poderle hablar sobre su nación, y sobre la posición de su territorio. Para lo cual, era menester enseñarle primero la lengua inglesa, de la cual todavía no conocía más que algunas palabras, que era incapaz de ligar entre sí; lo consiguió Robinson en relativamente poco tiempo.

Luego que Viernes supo bastante inglés para que siquiera fuese posible comprender a medias lo que quisiera decir, se apresuró Robinson a hacerle varias preguntas.

Supo por él que el país en que había nacido, estaba contiguo al continente de América; que sus habitantes eran terri-

bles, crueles en la guerra, pero que sabían también practicar los deberes de la hospitalidad.

— “Señor a mí, le dijo Viernes en su mal inglés, si vais a mi nación a mí, vosotros no estar allí solo blanco”.

— ¿Cómo? respondió Robinson.

Viernes le explicó entonces que había naufragado allí un navío europeo, hacía un año, en unas rocas que circundaban la isla en que habitaba *su nación*; que la tripulación había conseguido salvarse en tierra, y que subsistía allí mucho tiempo hacía con los víveres que le suministraban los naturales del país.

Esta noticia, tan favorable como inesperada, le causó una especie de frenesí a Robinson y se arrojó sobre Viernes, abrazándole reiteradamente y preguntándole si aquella tierra hospitalaria estaba muy distante.

— Vosotros venir, amo, vosotros venir conmigo, le respondió Viernes, y yo mostrar a vosotros nación a mi.

Y marchó alegremente hacia aquella parte de la isla que Robinson, unos años antes, había divisado un continente a la distancia de unas quince leguas, en el mar. En aquella tierra vivían los compatriotas de Viernes, que se la mostró a su amo, gritándole repetidas veces:

— ¡Aquel mi país! ¡aquella nación a mí!

— ¿Pero no te alegrarías, dijo Robinson, de volver a ver nación a ti, mi querido Viernes?

— ¡Ah sí! sí, señor, muy contento de volver a ver nación a mí! con vosotros, se entiende; ellos acariciar, abrazar mucho a señor, por haber salvado la vida a

mí; pero grande, grande extensión de agua, y nosotros no fuerte bastantes para ir nadando hasta nación a mí.

— Ven, conmigo, le respondió seguidamente Robinson, y te haré ver con qué llegar a tu nación sin ir nadando. Y le condujo a su canoa.

Corrió Viernes a ésta luego que la descubrió, y la hizo maniobrar con una destreza que dejó asombrado a Robinson; pero al mismo tiempo exclamó que aquella canoa era muy endeble para hacer una tan larga travesía y que había necesidad de otra.

— ¿Cómo hacerla? respondió Robinson.

Le dió a entender Viernes que él se encargaría de ello con sumo gusto. Robinson no tardó en tener prueba del celo de Viernes.

Le llevó a la orilla del mar, y junto al lindero de un monte; y le dijo que eligiera allí el árbol que juzgara propio para construir una canoa cual era necesaria para aquel viaje. Viernes no dudó mucho tiempo sobre esta elección, y consiguió bien presto echar a tierra un árbol.

Quería ahondarle por medio del fuego; pero habiéndole traído Robinson algunas cuñas de hierro, y mostrándole su uso, se sirvió de ellas tan diestramente, que quedó finalizada en seis semanas.

No se trató ya entonces más que de llevar el bote al mar; es verdad que estaba algo distante de la playa, pero lograron transportarlo a ella en menos de quince días con ayuda de algunos rodillos.

Luego que la canoa estuvo en el agua, la hizo mover Viernes con la misma fa-

cilidad que la que le había parecido muy pequeña, y que era en efecto la mitad menor. Después de haberla probado así, aseguró que sería bastante buena para aventurar la travesía, aún contra fuerte viento. Queriendo hacerla Robinson más segura todavía para aquella empresa, le añadió un timón, un palo y una vela. Viernes sabía perfectamente hacer navegar una canoa a remos; pero no conocía el uso de la vela ni del timón y fue necesario que le enseñase Robinson a servirse de uno y otro, lo cual no fue trabajo largo, porque el salvaje aprendía las cosas fácilmente.

Les cogió la estación lluviosa en estos preparativos; hubo, pues, precisión de diferir el viaje.

Robinson puso en seguridad su pequeño barco, y se retiró a su fortaleza. Viernes le acompañó allá; amo y criado no hacían ya más que una casa, es decir, vivían juntos en la cueva; pues Robinson tenía recibidos ya de Viernes muchos testimonios de afecto y celo para que pudiera conservarle la suficiente desconfianza.

Consumió este tiempo de retiro en acabar de arraigar en su corazón las semillas del cristianismo, con que él le había sembrado en medio de los trabajos en que acabamos de verlos ocupados. Viernes, cuando le libertó Robinson, no tenía de la divinidad más que una idea grosera y errónea; no le dejó en ella por mucho tiempo Robinson; y luego que hubieron podido comprenderse, trató de hacerle gustar de las verdades de la religión cristiana. Salió de ello con acierto fácilmente; Viernes se hizo cristiano

a proporción que iba civilizándose; y desde que hubo sabido distinguir lo bueno de lo malo, miró como una cosa muy natural el adorar al Dios que se había sujetado a todas las miserias de la humanidad, para venir a enseñar Él mismo la virtud a los hombres y abrirles, a costa de su sangre, el camino de la bienaventuranza eterna.

Habiendo pasado ya la estación lluviosa, se ocupó Robinson en hacer los acopios necesarios para el viaje; pero sobrevino un suceso imprevisto, que desconcertó tales proyectos.

Viernes, una mañana en que Robinson le había enviado a recoger tortugas en la orilla del mar, se volvió a todo correr y gritando: *¡oh amo! ¡amo! ¡oh dolor! ¡oh malos! allá abajo una, dos, tres canoas!*

En balde procuró tranquilizarle Robinson; porque el pobre mozo continuaba estando mortalmente angustiado; desde el paraje en que había visto desembarcar a los salvajes, reconoció que eran enemigos de su nación, y se imaginaba que su encono se dirigía contra él particularmente, y que venían de intento a buscarle, para despedazarle y devorarle. No carecía de valor sin embargo.

— “Viernes, le dijo Robinson, me hallo en tanto peligro como tú; si nos cogen, no perdonarán más mi vida que la tuya; luego es preciso que ambos peleemos.

— ¡Ah! respondió Viernes, enderezándose con arrogancia, yo todo dispuesto a pelear por amo, yo todo dispuesto a morir, cuando amo mande morir.

Queriendo Robinson aprovecharse de aquel momento de buena voluntad, le dio tres escopetas cargadas de muchas balas pequeñas y cabezas de clavos, puso varias pistolas en su cintura, y se encaminó hacia el paraje en que habían desembarcado los salvajes. Eran en número de veinte, estando sentados alrededor de una gran fogata, y regalándose con la carne de uno de sus prisioneros. A algunos pasos de allí, se veía otro infeliz atado y tendido en la arena, que probablemente tenían también destinado a servirles de pasto.

Por los vestidos que le cubrían, reconoció en él Robinson a un europeo; poseído de furor, no midió ya el peligro, y se adelantó más todavía, resuelto a liberarle, costara lo que costara. No distaba ya más que ochenta pértigas de los antropófagos; un bosque que le ocultaba de sus miradas; pero al través de la vegetación de aquel bosque podía apuntarlos cómodamente.

— Viernes, dijo a su esclavo, sigue puntualmente mis órdenes; y haz precisamente cuánto me veas hacer, sin faltar en el menor punto. Y sentó dos escopetas suyas en tierra, apuntando con la tercera a los salvajes. Viernes hizo otro tanto.

— ¿Estás pronto? le gritó entonces Robinson.

— Sí, respondió el esclavo, y ambos dispararon.

Con estos dos tiros, quedaron muertos tres salvajes, y heridos cinco; todos los demás se levantaron precipitadamente, sin saber hacia qué parte dirigir sus pasos para evitar el peligro cuya causa les

era desconocida. Arrojando Robinson y Viernes las escopetas que acababan de hacer aquel estrago, tomaron otras dos, e hicieron una segunda descarga: nuevo número de muertos y heridos, y nuevo y mayor espanto.

Salieron Robinson y Viernes entonces del bosque, teniendo cargadas en sus manos las dos últimas escopetas. No se presentó enemigo ninguno, pues todos huían a todo correr. Mientras que Viernes perseguía a los fugitivos que hacían por llegar a sus canoas, corrió Robinson hacia donde estaba el europeo, le desató y lo armó.

Era un español: y éste, después de darle infinitas gracias a Robinson por el señalado servicio que acababa de hacerle, al librarle de una muerte cierta, se unió a él y a Viernes, para hacer de modo que ningún salvaje escapase, y pudiese dar las noticias de este acontecimiento a los de su país. Todos quedaron exterminados bien pronto, fuera de cuatro que consiguieron llegar a sus canoas.

Remaban con fuerza; y tuvieron tiempo para alejarse algo, mientras sus seguidores volvían a cargar sus armas. Robinson temió perder su pólvora y perdigones tirándoles desde muy lejos; y Viernes propuso servirse, para darles alcance, de una de las dos canoas que habían abandonado.

Habiéndose aceptado este partido, saltó Viernes el primero a una de las canoas. En una de ellas quedaba atado un hombre, al que, por estar echado en lo interior del barco, no le habían divisado en el principio: era un salvaje. Bajóse Viernes por orden de su amo, para des-

atarle; pero no bien hubo clavado la vista en él cuando gritó fuertemente, le apretó contra su corazón, abrazóle muchas veces, y se echó después a llorar, a reír, a brincar, a bailar a su alrededor, como si hubiese perdido el sentido. No tuvo, por algunos momentos, fuerzas para explicar aquella especie de delirio; pero habiéndose recobrado algo, dijo que era su padre, aquel salvaje.

Llevaban sus enajenamientos un motivo demasiado respetable, para que Robinson pudiera pensar en ponerles un fin; y se complacía, por el contrario, sumamente en verlos. Viernes entraba en la canoa en que estaba su padre, salía de ella después y volvía a entrar otra vez, llevado de un afecto que no le permitía reflexionar sobre sus acciones ni movimientos. Alargaba el pobre viejo los brazos a su hijo, y estaba tan en extremo conmovido, que no le era posible articular una sola palabra; lloraba de alegría, y daba gracias de cuando en cuando, con sus ademanes, a Robinson, cuyos beneficios y bondad le contaba Viernes en el idioma de su país.

No era ya tiempo de perseguir a los salvajes, cuando aflojó algo este tierno espectáculo. Como adelantaba el día, pensaron en dejar el campo de batalla. El vigor que el español había manifestado en el alcance de los enemigos, procedía totalmente de su valor; no había durado más que la refriega; y echado al pie de un árbol, trataba en balde de avivar sus fuerzas para levantarse y seguir a Robinson, que le brindaba un alojamiento en su fortaleza. El padre de Viernes no estaba tampoco en estado de poder

andar. Viernes sirvió de ejemplo a Robinson: pues tomó en los hombros a su padre, y Robinson, entonces, cargó con el español.

Pero habiendo llegado ambos al pie del doble atrincheramiento, se hallaron en un grandísimo apuro: ¿cómo hacer pasar a sus amigos? Se sabe que no se entraba en la morada de Robinson más que con la ayuda de dos escalas. Hubo precisión de armar una tienda entre el atrincheramiento exterior y el bosquecillo. Se hicieron dos camas después en aquella tienda, en las que el español y el padre de Viernes descansaron de sus fatigas y sufrimientos, luego de haber cenado con sus huéspedes, los cuales hicieron una deliciosa comida, teniendo cada uno a su convidado con el que podía conversar a sus anchas: Viernes y su padre hablaban un mismo idioma, Robinson y el español se entendían bastante bien por medio del latín.

Era este último uno de los europeos de que Viernes había hablado a Robinson; le cogieron prisionero peleando en favor de aquéllos que a él y a sus compañeros de infortunio les habían dado hospitalidad.

No tardó Robinson en darle a conocer el proyecto que estaba en vísperas de ejecutar al tiempo de presentarse los salvajes, y también le preguntó si era verdad que los compatriotas de Viernes tenían en su país todavía a otros europeos. Le aseguró el español que todavía se hallaban quince de ellos, entre españoles y portugueses, a los que un mismo naufragio había echado en aquella costa.

— Pues bien, dijo Robinson, hétenos aquí ya salvados; iremos dentro de unos días a incorporarnos con ellos; y con la protección y ayuda de los buenos salvajes nos pondremos todos a construir un barco suficientemente grande para que nos conduzca, a nuestra elección, hacia el sur, al Brasil, o hacia el norte, a las Antillas españolas. Desaprobó el español una parte de este designio; y respondió a Robinson que los europeos de que acababa de hablarle no estaban tan corrientes como él parecía creerlo con los salvajes, los cuales no tenían todos el genio de Viernes; que estos salvajes los habían acogido, según visos, en los principios por el temor de sus armas de fuego, y que no continuaban tratándolos bien más que a causa de los servicios que de ellos sacaban en sus guerras. Añadió que era de temer que les inquietasen, por este motivo mismo, en la construcción de su barco; y concluyó con que Robinson se llevase de algún modo a los naufragos del medio de los salvajes. Vale más, prosiguió, hacerlos venir aquí; estaremos realmente habilitados para trabajar en la construcción de un barco tal como lo deseais, y no tendremos a un mismo tiempo que ocuparnos en esto y guardarnos de la perfidia de los salvajes; semejante construcción se hará con mucha mayor prontitud.

Rindióse Robinson a este dictamen, que le pareció enteramente cuerdo; y el español volvió a partir en breve con el padre de Viernes. El español era portador de las proposiciones hechas por Robinson a los europeos, y el anciano salvaje se encargaba de disponer a sus

paisanos para dejar partir amigablemente a sus huéspedes, a quienes él debía seguir.

No era dudoso que los europeos aceptasen el partido que Robinson mandaba proponerles, de venir a su isla para construir en ella un barco capaz de retornarlos a su patria. Los esperaba, pues, con aquella dulce tranquilidad que va unida comúnmente a la certeza del buen éxito; pero otros sucesos debían sacarle de su soledad, y esto por un encadenamiento de tan raras circunstancias, que los más incrédulos reconocerían todavía en ello la mano de la Providencia.

CAPÍTULO XIII

Llegada de un navío europeo, cuya tripulación se había sublevado.

Acababa de amanecer, y Robinson estaba durmiendo todavía, cuando Viernes se acercó a su cama con precipitación, gritando: *¡amo, ¡amo! ¡han venido! ¡han venido!*

Incorporóse Robinson: y habiéndose vestido rápidamente se puso a atravesar el bosquecillo, no pensando en peligro alguno y saliendo sin armas; pero se sorprendió mucho al volver la vista hacia el mar y ver, a la distancia de una legua y media, una lancha con vela, que para arribar a su isla, seguía un derrotero enteramente opuesto al que el español y el padre de Viernes debían seguir al tiempo de su regreso. Dijo a Viernes que no hiciese el menor movimiento, supuesto que no eran aquéllas las gentes que él esperaba, y que no le era posible

saber todavía si eran amigas o enemigas.

Para enterarse mejor de ello, fue a buscar su antejo de larga vista; y subió con el auxilio de su escala a lo alto de la peña, como lo hacía comúnmente en cuantas ocasiones se hallaba receloso de algo, y quería descubrirlo sin descubrirse a sí propio.

Apenas había sentado el pie en lo alto de la colina, cuando vió claramente anclado un navío a dos leguas y media aproximadamente, y le pareció notar, por la estructura de aquel navío y la de la lancha, que ambos eran ingleses.

Aunque la alegría de ver un navío, cuya tripulación debía ser sin duda de su nación, era extremada, no dejó de sentir algunos interiores impulsos que le infundieron cierta cautela. No le era posible alcanzar qué objeto podía tener el viaje de un barco inglés a aquella parte del mundo, supuesto que no era el derrotero para ninguno de los países en que los ingleses tenían establecido su comercio; fuera de esto, le constaba que no había habido ninguna borrasca capaz de llevarlos hacia aquella parte contra su voluntad; y por consiguiente, tenía fundamentos para creer que no traían buenos designios; y deducía de ello que más le valía permanecer en su soledad, que caer en poder de algunos piratas o asesinos. Estaba, pues, muy indeciso, y no hacía señal ninguna que pudiera atraerlos.

Acercóse la lancha a la playa, como en busca de una bahía para la comodidad del desembarco. No habiéndola hallado, los que la tripulaban echaron pie a tierra en el primer paraje que se les

presentó, y la impelieron después sobre la arena, casi a medio cuarto de legua de Robinson.

Cuando estuvieron en la playa, vio claramente Robinson que eran ingleses. Contó hasta once de ellos; pero había tres sin armas y atados. Luego saltaron en tierra cinco o seis de los que estaban libres y armados, hicieron salir a los demás de la lancha como si fueran prisioneros. Uno de los tres denotaba con sus ademanes una aflicción y desesperación que llegaban hasta el extremo; los otros dos levantaban de cuando en cuando las manos al cielo, y tenían las trazas de estar muy contristados; pero su dolor, sin embargo, parecía menor.

Viernes, durante el tiempo en que se hallaba lleno de tantas incertidumbres, y sin concebir lo que semejante espectáculo significaba, exclamó en su chapurrado inglés:

— ¡Oh amo! Veis hombres ingleses comer prisioneros también como hombres salvajes; ved como ellos quererlos comer.

— No, no, Viernes, respondió Robinson; únicamente temo que los asesinen, pero está seguro que no los comerán.

Echaba de menos Robinson en aquellas circunstancias a su español y al anciano salvaje, y deseaba en extremo poder coger a aquellos indignos ingleses, sin ser descubierto, y a tiro de escopeta, para libertar de sus crueles manos a los prisioneros; y esto, porque no les veía arma ninguna de fuego, y esperaba en consecuencia lograrlo fácilmente. Pero la Providencia tenía dispuestas las cosas de otro modo.

Mientras que ellos andaban por la isla como si hubieran querido ir a la descubierta del país, notó Robinson que los tres prisioneros estaban con libertad de ir a donde quisieran: pero no tuvieron valor para ello, y se sentaron en tierra con trazas de pensativos y desesperados.

Su triste planta recordó a Robinson la que él había tenido en otro tiempo al arribar a la misma playa, creyéndose perdido, volviendo hacia todas partes la vista, y poseído del temor de ser devorado por las fieras y reducido, para evitarlo, a pasar una noche entera sobre un árbol.

Como él no había contado entonces con poder volver a ver el barco en el siguiente día, y hallar con ello ocasión de proporcionarse los medios de subsistir, así también aquellos infelices prisioneros no tenían la menor idea de la próxima libertad que el cielo les deparaba.

Cuántas razones no tenemos en este mundo para confiar con alegría en la bondad de nuestro Creador, supuesto que rara vez nos hallamos en tan desgraciadas circunstancias para no hallar algún motivo de consuelo y esperanza.

La marea estaba cabalmente en su mayor altura, cuando llegaron aquellas gentes a tierra; y sea hablando con sus prisioneros, sea recorriendo la playa, permanecieron allá hasta que, retirándose el mar con el reflujo, dejó en seco su lancha.

En ella habían dejado a dos hombres, quienes, a puro beber aguardiente, se habían quedado dormidos. Despertándose, sin embargo, uno de ellos y hallando la lancha muy metida en la arena para sa-

carla de allí por sí solo, llamó a sus compañeros; pero fueron insuficientes las fuerzas de todos juntos para sacarla de aquel sitio, pues era pesada en extremo, y la playa por aquel lado era blanda como arena movediza.

Viendo esta dificultad, resolvieron no pensar más en ello, y se pusieron a dar paseos por la isla. Oyó Robinson a uno que, llamando a un camarada para venir a tierra, le gritó: ¡ah Juan! déjala; la marea que viene la pondrá boyante.

Robinson, durante todo este tiempo, se mantuvo dentro del recinto de su castillo, sin ir más adelante de su observatorio. Sabía que la lancha no podía estar boyante antes de las diez de la noche; que habría oscurecido entonces, y que le sería posible acercarse sin peligro a ellos.

Entre tanto, se preparaba para la pelea, pero con más precaución que nunca, persuadido de que tendría que luchar con enemigos más formidables que los que había encontrado hasta entonces en su isla.

Se prometía el necesario auxilio de Viernes, quien disparaba con admirable tino y puntería; dióle tres mosquetes, y tomó él dos escopetas.

Su figura era por demás pintoresca; llevaba en la cabeza su gorra de pellejo de cabra; le colgaba al lado su gran sable desenvainado del todo; llevaba dos pistolas en su cintura, y dos escopetas a la espalda.

Tenía Robinson el ánimo de no emprender nada antes de anochecer; pero a eso de las dos de la tarde, y en lo más abrasado del día, halló que todos los marineros se habían ido al bosque, al pare-

cer, para descansar allí; y aunque no estaban los prisioneros en disposición de dormir, vió sin embargo que se habían tendido a la sombra de un gran árbol bastante inmediato a él, y al que alcanzaba la vista de los otros.

Resolvió pues obrar inmediatamente, y se puso en marcha desde el momento mismo, siguiéndole Viernes a alguna distancia, armado tan formidablemente como él.

Luego que se hubo acercado lo necesario a los prisioneros, gritóles, en español:

— ¿Quiénes son ustedes, caballeros?

No respondieron nada, y parecieron dispuestos a huir.

— Caballeros, les dijo entonces Robinson en inglés, no tengan miedo; quizás han hallado aquí a un amigo, sin esperarlo.

— Debe enviárnoslo, pues, el cielo, respondió gravemente uno de ellos, con sombrero en mano; porque nuestras desdichas son superiores a todo socorro humano.

— Todo socorro dimana del cielo, caballero, le dijo Robinson; pero ¿no querían Vds. indicar a un extranjero el medio de socorrerlos, pues parecen hallarse en una muy dura situación? He visto desembarcar a usted y, cuando vigilaba a los brutales que le han traído aquí, he visto a uno desenvainar su sable, y parecer querer matarle a usted".

Temblando el pobre hombre, y con los ojos llorosos, le respondió en tono de extrañeza.

— ¿Estoy hablando con un hombre, o con un ángel?

— Sosiéguese usted sobre eso, caba-

llero, le dijo Robinson; si en socorro suyo hubiera enviado Dios a un ángel, se presentaría éste a su vista con mejores vestidos y armado de otra suerte. Soy realmente un hombre; soy un inglés, y enteramente dispuesto a servirle a usted. No tengo conmigo más que un solo esclavo; pero estamos armados los dos; diga usted libremente si podemos servirle, y explíqueme la naturaleza de sus desgracias.

— ¡Ay de mí! Caballero, respondió, la relación de mis desventuras es muy larga para hacerlas mientras que nuestros enemigos se hallan tan inmediatos. Bastará decirle a Vd. que he sido comandante del navío que tiene Vd. a su vista. Mis marineros se amotinaron contra mí; ha faltado poco para que me asesinaran; pero, lo que viene a ser casi lo mismo, intentan abandonarme en este desierto con esos dos hombres, uno de los cuales es mi contramaestre, y el otro un pasajero.

— Pero ¿qué se ha hecho, le dijo Robinson, de esos pícaros rebeldes?

— Allí están echados, repuso indicando con el dedo una gran espesura de árboles; me estremezco de temor por si ellos nos han oído hablar; y si esto es así, no cabe duda de que nos matarán a todos.

Preguntó Robinson si los amotinados tenían armas de fuego. Contestóle que no llevaban consigo más que dos escopetas, y aun habían dejado una de ellas en la lancha.

— Déjelo usted, pues, de mi cuenta, le dijo Robinson; todos ellos están dormidos; no hay cosa más fácil que matarlos,

a no ser que usted quiera hacerlos prisioneros.

Le contó entonces el capitán que entre ellos había dos pícaros, de los que no podía esperarse nada bueno; pero creía que, si aquéllos se inhabilitaban para que ejercieran su influencia, volverían los restantes fácilmente al desempeño de sus deberes.

Manifestóle Robinson que le indicara quiénes eran, a lo cual contestó que no podía indicárselos de tan lejos, pero que, por otra parte, estaba pronto a obedecer sus órdenes en todo.

— Pues bien, dijo Robinson, comencemos apartándonos, para evitar que nos descubran al depertarse; y sígame usted a un sitio en el que podremos deliberar con toda comodidad sobre lo que mejor convenga hacer.

Después que se hubieron guarecido en el bosque, renovando la conversación, Robinson le dijo al capitán: “Estoy resuelto a arriesgarlo todo, caballero, para libertar a usted; pero bajo dos condiciones: que esté usted conmigo en esta isla y que renuncie a toda especie de autoridad; y si le pongo armas en la mano, me las devolverá desde que se lo indique. Exijo que si logramos recuperar el navío, me conducirá usted a Inglaterra con mi esclavo, sin pedir nada por la travesía, y después de haber tomado también a bordo a diez y seis europeos que un naufragio echó sobre una isla inmediata”. El capitán aceptó estas condiciones, jurando a Robinson que estaba dispuesto a ejecutar todas sus órdenes, y arrostrar por él todos los peligros.

Dióles entonces Robinson, a él y a sus dos compañeros de infortunio, tres mosquetes, con balas y pólvora, diciéndoles que tomaran la delantera, y obraran según las circunstancias.

Se despertaron y levantaron dos de los revoltosos en aquel instante. Robinson preguntó al capitán si eran los dos malvados de quienes él le había hablado. Dijo que no.

— Pues bien, repuso Robinson, dejémosles escapar, supuesto que parece que la Providencia les ha despertado antes, exprofeso para salvarles la vida; en cuanto a los otros será falta de usted, si ellos no caen en su poder.

Alentado con estas palabras, el capitán se adelantó hacia los revoltosos, con un mosquete en el brazo y una pistola en la cintura. Adelantándole sus compañeros algunos pasos hicieron algún ruido, que despertó a uno de los marineros. Este marinero se puso a gritar para despertar a sus compañeros; pero haciendo fuego al mismo tiempo el contra-maestre y el pasajero, dejaron muerto en el sitio a uno de aquéllos. El otro, aunque herido de gravedad, se levantó con precipitación, y pidió a gritos socorro pero el capitán se llegó a él diciéndole que ya no era tiempo para pedir socorro; y le acogió de un culatazo.

Quedaban tres todavía; pero pidieron perdón. El capitán consintió en concedérselo bajo la condición de que debían ayudarle fielmente a recuperar el navío y volverlo a llevar a Jamaica, de donde era procedente. Le dieron, sobre este particular, todas las seguridades de su arrepentimiento y buena voluntad; y pa-

ra prevenirse de una posible traición, les ataron pies y manos.

Fue después Viernes con el contra-maestre hacia la lancha, para ponerla en seguridad, y quitar sus velas y remos; lo que ejecutaron sin encontrar a nadie que se opusiese a ello.

Tres marineros que se habían apartado de los demás, volvieron al ruido de los mosquetes; y viendo a su capitán transformado de prisionero en vencedor, se rindieron a él, consintiendo en dejarse atar como los demás.

Careciendo ya Robinson de enemigos contra quienes luchar, llevó al capitán y a los marineros a su castillo. Después que allí hubieron tomado algún refrigerio, les contó su historia, y les mostró cuántas invenciones había ido haciendo durante su estancia en la isla.

Cuánto él decía al capitán, y cuanto le mostraba, le parecía a éste igualmente admirable; le dejaba pasmado más particularmente su fortificación, y el modo con qué había ocultado su refugio por medio de los árboles plantados muchos años hacía. Robinson le dijo que lo que veía era su castillo y a la vez lugar de su residencia; que tenía, además, una casa de campo, la cual le enseñaría otra vez; pero que, por el presente, convenía pensar en los medios de apoderarse del navío. El capitán convino en ello; pero confesó que no sabía qué medidas tomar.

— Hay todavía, dijo, veinte y seis hombres a bordo, que, sabiendo que por su insurrección han merecido perder la vida, perseverarán en su levantamiento por temor a las represalias. ¿Qué me-

dio emplear, pues, para atacarlos con un número tan inferior al suyo?

Robinson halló muy adecuado este raciocinio, pero vio que lo único que había que hacer, era parar un lazo a la tripulación.

Estaba persuadido de que, extrañando los marineros del navío la tardanza de sus compañeros, en breve echarían la otra lancha al mar, para ir a enterarse del paradero de ellos.

Dijo pues, al capitán, que lo primero que se debía hacer, era echar a pique la lancha, para que no pudiera hacerse uso de ella. Aprobólo el capitán.

Pusieron manos a la obra inmediatamente; quitaron de la lancha cuanto habían dejado los marineros en ella; una botella de aguardiente y otra llena de ron, algunos bizcochos, un saquito lleno de pólvora y un pan de azúcar de unas seis libras; practicaron después en el fondo de la lancha un gran agujero, echaron dentro de ella, algunas piedras muy pesadas, la botaron al agua, y no tardó en desaparecer, hundida en el mar.

CAPÍTULO XIV

Robinson ayuda al capitán a recobrar su barco; y se embarca para Europa.

No tardó en acaecer lo que había previsto Robinson; los marineros que se habían quedado en el barco, se inquietaron al ver que no regresaban sus compañeros. Dispararon un cañonazo, e hicieron la señal acostumbrada para que la lancha volviera a bordo.

Los vieron a poco, por medio de los anteojos, echar la otra lancha al mar, y dirigirse a fuerza de remos hacia la playa. Cuando se acercaron, Robinson y sus compañeros vieron que eran en número de diez, y que todos traían armas de fuego. Pudieron distinguir sus rostros por espacio de mucho tiempo, porque habiéndose visto obligados por la marea a derivar, tenían precisión de seguir la playa para desembarcar en el primer sitio en que descubrieran su primera lancha.

El capitán podía así examinarlos con toda calma; no dejó de hacerlo, y dijo a Robinson que entre ellos veía a tres mozos muy buenos, y que estaba seguro que los habían arrastrado los otros a la fuerza en la conjura; pero que, tocante al contramaestre que mandaba la lancha, y todos los demás, eran los mayores bribones de toda la tripulación.

Respondióle Robinson sonriendo, que unas gentes colocadas en su situación debían ser superiores al miedo; que una vida como la suya, que se había visto expuesta a tantos reveses era ciertamente digna de que se aventurase algo para hacerla más feliz.

— ¿Qué se ha hecho, continuó, de la persuasión de usted, de que no me ha conservado aquí la Providencia más que para salvarle la vida? Tenga buen ánimo, yo no veo en esta cuestión más que una sola circunstancia embarazosa para nosotros.

— ¿Cuál, pues? dijo el capitán.

— Es, respondió Robinson, que hay entre esta pequeña cuadrilla tres o cuatro hombres honrados en cuya conserva-

ción es menester pensar. Si todos ellos fueran pícaros, me persuadiría de que la Providencia los hubiera separado de los restantes para ponerlos en nuestras manos; porque, yo confío en que cuando desembarquen estarán a nuestra disposición, y seremos árbitros de su vida.

Estas palabras, proferidas con firme voz y alegre ánimo, infundieron valor al capitán, el cual se puso a ayudar vigorosamente a Robinson en hacer los preparativos necesarios.

Desde que habían visto adelantarse la segunda lancha hacia la isla, separaron a los prisioneros, y los pusieron en paraje seguro. Había dos de quienes desconfiaba el capitán más que de los otros; mandó Robinson que los condujeran a su gruta. Y les dejaron algunas provisiones, asegurándoles que si permanecían quietos, les pondrían otra vez en plena libertad de allí a unos días; pero que si hacían la menor resistencia para fugarse, no se les daría cuartel.

Respecto a los demás prisioneros, dos de ellos habían sido atados por sospechosos; pero respecto a los otros tres les había tomado Robinson a su servicio por recomendación del capitán, y bajo solemne juramento de ser fieles hasta la muerte.

Los que habían llegado en la segunda lancha, empujaron ésta hacia la arena después de salir de ella. Se alegró infinito de esta circunstancia Robinson, quien temía, antes de verlos obrar así, que la dejaran anclada, con algunos de ellos para guardarla; y en tal caso, fuera difícil el apoderarse de la misma.

La primera cosa que hicieron, fue correr hacia el sitio donde estaba la otra lancha, la cual, con la baja mar, había quedado medio en seco. Viéndola abierta en lo hondo, y desguarnecida de todos sus aparejos, parecieron quedar sorprendidos y consternados. De allí a un instante, dieron todos juntos al mismo tiempo grandes gritos para hacerse oír de sus compañeros; pero viendo que era trabajo en balde, dispararon una descarga general con las armas.

Permaneció todo en silencio, excepto el eco que repitió el ruido de la descarga. Pareció en los primeros momentos que querían volverse al navío; echaron al mar su chalupa, entrando en ella todos. Pero apenas se habían apartado de la playa, cuando emprendieron la vuelta. Quedaron tres en la lancha internándose los otros en el país, para buscar el paradero de sus camaradas.

Comprendió Robinson que la resolución que ellos acababan de tomar resultaba peor para sus designios; en balde él y los suyos se harían dueños de los siete que estaban en tierra, si se les escapaba la lancha; porque en este último caso, no dejaría la lancha de ir a poner en alarma a la gente del navío, que acudiría a la isla; si no es que, temerosos, optaran por huir con el bajel.

El mal, sin embargo, era irremediable: la chalupa se alejó de la playa, y echó el áncora a alguna distancia. Cuanto restaba por hacer, era aguardar.

Los siete que habían desembarcado marchaban hacia la colina en la cual estaba la habitación de Robinson. Cuando llegaron a lo alto de la colina, desde don-

de podían descubrir una gran parte de los montes y valles de la isla, especialmente por el lado nordeste, en el que el terreno era más bajo, se pusieron a gritar de nuevo hasta más no poder y no atreviéndose a internarse más en el país, se juntaron para consultar juntos. Si hubieran tenido a bien dormirse como la primera partida lo había hecho, hubiera sido un factor muy favorable para Robinson y sus partidarios; pero estaban muy llenos de espanto, aunque no tenían seguramente idea ninguna del peligro que corrían.

Creyendo el capitán adivinar la materia de sus deliberaciones, y suponiendo que iban a disparar una segunda descarga para hacerse oír de sus compañeros, propuso caer todos juntos sobre ellos desde que hubiesen disparado, y obligarles con ello a entregarse. Pensó Robinson que este consejo era bueno, con tal que se hiciese con puntualidad su ejecución. Pero no se presentó la ocasión.

Después de haber deliberado los marineros por espacio de mucho tiempo, se levantaron y marcharon con dirección al mar; tenían, según visos, un temor grande de los peligros que les podían esperar en aquel sitio; así que, dando por perdidos a sus compañeros, estaban resueltos a volverse a bordo del navío, con la mira de hacerse a la vela.

Viendo el capitán que regresaban resueltamente, se desesperaba con ello; pero Robinson, para hacerlos volver atrás, discurrió una estratagema cuyo éxito correspondió grandemente a sus miras.

Mandó que el contraestre y Viernes pasasen a la parte oeste y que una

vez allí profirieran gritos como si les llamaran; que finalmente, continuasen esta estratagema de distancia en distancia, hasta que los hubiesen atraído hacia los bosques; cuando ello estuviese logrado, les ordenó que regresaran rápidamente a su lado.

Los rebeldes echaban precisamente el pie en la lancha, cuando Viernes y el contraмаestre dieron el primer grito. Les oyeron aquéllos desde un principio, y volaron hacia el paraje de la isla de donde les parecía partir la voz. Habiendo hallado por delante de sí un riachuelo, mandaron venir la lancha; y después de haberse servido de ella para atravesarlo, la dejaron bajo la custodia de dos compañeros suyos.

Era cabalmente lo que Robinson deseaba; así que, dejando que Viernes y el contraмаestre ejecutasen cumplidamente sus órdenes, tomó consigo lo restante de su cuadrilla y dando un rodeo, sorprendió a los dos marineros que custodiaban la lancha. Se había quedado dentro de ésta el uno, y permanecía en la arena, medio dormido, el otro. Se despertó de sobresalto a la llegada de Robinson y su gente. El capitán, que era el que iba delante, saltó sobre él, dándole en la cabeza un culatazo y gritó después al que estaba en el esqui que se entregara, o que estaba muerto. No hubo mucha dificultad para resolverle a ello. Se veía asaltado por cinco hombres, su compañero estaba acogotado, y era por otra parte uno de aquellos de quien había hablado bien el capitán; por lo mismo, no sólo se entregó, sino que también tomó seguida-

mente plaza con sus vencedores, y los sirvió con suma lealtad.

No hay palabras con qué expresar cuánto fue el asombro de los marinos que fueron atraídos por Viernes y el contraмаestre hacia los bosques, cuando, de regreso de su infructuosa correría vieron, pasada la marea, metida en la arena y sin guardias la lancha. Se les oía lamentarse, a grandes voces de que estaban en una isla encantada; que todos ellos serían muertos si era habitada por hombres, y llevados y devorados, si por espíritus.

Se pucieron a gritar de nuevo y a llamar a sus compañeros por sus nombres, pero sin respuesta. Los vieron entonces, al favor de la luz mortecina del atardecer, correr acá y allá, y retorcerse las manos como gente desesperada. Unas veces entraban en la lancha para descansar, porque estaban sumamente fatigados y otras corrían por la playa, como hombres que han perdido el seso.

Robinson hubiera podido mandar atacarlos; pero su propósito era cogerlos, a fin de matar los menos que fuera posible, y no aventurar la vida de los que le acompañaban. Resolvió, pues, aguardar, con la esperanza de que ellos se separarían. Sin embargo, para que no se les escapasen, mandó acercar más su emboscada, ordenando a su gente que se arrastrase a gatas para colocarse tan cerca como fuera posible de los rebeldes, aunque sin descubrirse.

El segundo contraмаestre, que era el jefe del levantamiento, y que se manifestaba en su desgracia más cobarde y desesperado que ninguno de los demás.

dirigió bien presto sus pasos, hacia aquel lado con dos compañeros suyos. El capitán estaba tan irritado contra este malvado, que le costaba trabajo dejarle avanzar. Se contuvo, sin embargo; pero después de haber tenido alguna paciencia, se levantó de pronto con Viernes, y dispararon contra él.

Cayó mortalmente herido el segundo contramaestre; otro de los rebeldes que le acompañaban, recibió una herida en el vientre de la cual falleció dos horas después; el tercero huyó.

Al ruido de estos tiros, se adelantó Robinson con todo su ejército, que consistía en ocho hombres.

Era oscurísima la noche; de modo que no les era posible a los rebeldes saber contra qué número de hombres tenían que luchar. Mandó Robinson al que habían hallado en la lancha, y que se había sometido, que los llamase por sus nombres, para ver si querían capitular.

Este marinero se puso a gritar en alta voz:

— ¡Ah, Tomás Smith, Tomás Smith!

— ¿Eres tú Juan? respondió éste.

— Sí, sí, repuso el otro. En el nombre de Dios, Tomás, rendid las armas, entregaos, sin lo cual estáis muertos al instante todos vosotros sin dejar uno.

— ¿A quién es menester entregarse? dijo Smith; ¿en dónde están?

— Aquí están, respondió Juan; es nuestro capitán con cincuenta soldados que el gobernador de esta isla le ha dado. Os busca hace ya más de dos horas; el segundo contramaestre está muerto; Guillermo Frye herido gravemente; yo,

prisionero de guerra; y estáis perdidos si no queréis entregaros.

— ¿Habrás cuartel, replicó Smith, si rendimos las armas?

— Voy a preguntárselo al capitán, dijo Juan. El capitán entonces se puso a hablar él mismo a Smith.

— Conoces mi voz, Smith, le gritó; si arrojáis las armas, salvaréis todos la vida, excepto Guillermo Atkins.

— “En el nombre de Dios, capitán, exclamó en esto Atkins, déme usted cuartel; ¿qué he hecho más que los otros? Son tan culpables como yo”. No decía la verdad, porque él había sido el primero en maltratar al capitán, a quien había atado las manos, dirigiéndole las más atroces injurias. Por lo mismo, le respondió el capitán que él no le prometía cosa ninguna; que debía entregarse a discreción, y recurrir a la bondad del gobernador; por cuyo bello título designaba a Robinson.

En una palabra; todos entregaron las armas, pidiendo la vida, y Robinson envió a Juan y a otros dos para atarlos a todos; en seguida el grueso de su gente se adelantó y se apoderó de ellos.

Robinson, con uno de los suyos, se mantuvo alejado por el momento.

El capitán hizo los más vivos cargos a los rebeldes sobre su traición.

Todos manifestaron su arrepentimiento, y pidieron la vida con trazas de sumisión. Les respondió que ellos no eran prisioneros suyos, sino del gobernador de la isla. “Habéis creído, continuó, deterrarme en una isla desierta; pero ha agradado a Dios dirigiros de modo que este paraje se halle habitado, y aún go-

bernado por un inglés. Este gobernador es dueño de mandar ahorcaros a todos; pero habiéndooos dado cuartel, podría ciertamente enviaros a Inglaterra, para ser entregados en manos de la justicia, excepto sin embargo Atkins, a quien tengo orden de decir, de parte suya, que se disponga a morir, porque debe ser ahorcado mañana por la mañana.

Esta ficción produjo todo el efecto que imaginaba el capitán. Atkins se arrodilló para suplicarle que se empeñara con el gobernador, y los otros le rogaron encarecidamente que hiciese de modo que no fuesen enviados a Inglaterra.

Como Robinson tenía ideado el valerse de estos mismos marineros para recuperar el navío, prosiguió representando su papel de gobernador, sin dejarse ver. Mandó, en clase de tal, que hiciesen venir al capitán; uno de su gente gritó pues: "Capitán, el gobernador quiere hablar con usted".

— Diga usted, a S. S., respondió el capitán, que al instante voy a recibir sus órdenes. Los prisioneros caían completamente en la trampa, y no dudaban que estuviese cerca de allí el gobernador con una numerosa tropa.

Luego que hubo venido el capitán, participó Robinson el designio que había concebido para hacerse dueño del navío. Lo aprobó aquél sobremanera, y resolvió llevarlo a ejecución al siguiente día. Para lograr cumplidamente su objeto, creyó Robinson que era menester separar a los prisioneros; y mandó al capitán y a dos compañeros suyos, que cogiesen a Atkins con otros dos de los más culpables para llevarlos a la gruta, en donde

hallarían a otros dos de sus compañeros, que estaban allí hacía ya algunos días.

Envió los restantes rebeldes a su casa de campo, que estaba rodeada de una cerca, como se recordará.

Al siguiente día envió al capitán a visitar estos prisioneros, con el encargo de hacerse cargo de su modo de pensar, y ver si era cosa prudente emplearlos en la expedición que se proyectaba.

Hablóle el capitán sobre su mala conducta anterior y triste suerte actual; les repitió que, aunque el gobernador les había dado cuartel, no por ello ciertamente dejarían de ser ahorcados, si los conducían a Inglaterra. No obstante esto, añadió, si queréis prometerme vuestra ayuda en una empresa tan justa como es la de devolverme mi barco, el gobernador hará todo lo posible para obtener vuestro perdón.

Puede juzgarse qué efecto debió producir semejante propuesta a aquellos infelices; se arrodillaron a los pies del capitán, y le prometieron, con las más sumisas manifestaciones, que le seguirían a cuantas partes él quisiera llevarlos, y que le mirarían como a padre suyo siempre, supuesto que le serían deudores de la vida. — Pues bien, dijo el capitán, voy a participar vuestras promesas al gobernador; y me esforzaré cuanto pueda para hacérosle propicio. Y fue a llevar su propuesta a Robinson.

No queriendo éste omitir nada de cuanto podía asegurar el triunfo de sus designios, deseó que el capitán indicara a los prisioneros que él consentía en escoger a cinco de ellos; pero que el go-

bernador guardaría como en rehenes a los otros dos, con los tres prisioneros que ya anteriormente tenía en su castillo; pero que mandaría ahorcar en la orilla del mar a estos cinco rehenes, si sus compañeros eran tan pérfidos que faltaran a la fe de sus juramentos.

Había en esto tales visos de severidad, que hacían comprender que el gobernador no gastaba chanzas.

Los cinco que el capitán designó, aceptaron el encargo con alegría; y tanto a los rehenes como a su comandante les importaba el recomendarles cumplieran con su obligación.

El capitán no tenía ya más que apañar y tripular las dos lanchas, para ponerse en estado de ir al navío; lo cual se hizo bien pronto.

Embarcó a su gente después. Puso en la una a su pasajero con otros cuatro hombres; y entró él mismo en la otra con su contramaestre y cinco de los marineros sometidos.

Era media noche poco más o menos, cuando descubrió al navío. Desde que estuvo al alcance de la voz, mandó a Juan gritara a la tripulación, que ellos traían la primera lancha con los marineros, pero que habían tardado mucho tiempo en hallarlos.

Juan entretuvo a los amotinados con estos y otros semejantes discursos, hasta que el bote estuvo debajo del navío.

El capitán y el contramaestre, convenientemente armados, subieron los primeros, y porque les ofrecían resistencia mataron desde luego al segundo contramaestre y al carpintero; fielmente auxi-

liados por los demás, se hicieron pronto dueños de cuanto había en los puentes.

Estaban ocupados ya en cerrar las escotillas a fin de impedir que los de abajo vinieran en socorro de sus compañeros que estaban en la cubierta, cuando las gentes de la segunda lancha subieron por la proa, despejaron toda aquella parte del barco y se apoderaron de la escotilla que conducía a la cámara del cocinero, en donde hicieron prisioneros a tres rebeldes.

Viéndose el capitán dueño de toda la cubierta del buque, mandó al contramaestre tomar consigo a tres hombres, y forzar la cámara en que estaba refugiado el nuevo comandante. Habiéndose puesto este alerta, y auxiliado de dos marineros y un grumete, se preparaba para hacer una vigorosa resistencia.

Luego que el contramaestre hubo abierto la puerta con ayuda de una palanca, dispararon valerosamente aquellos cuatro rebeldes contra él y sus compañeros; pero el contramaestre, aunque herido en un brazo, tiró certeramente contra el que hacía de capitán, matándole, lo cual fue causa de entregarse toda la tripulación. Con esto finalizó el combate, y el capitán recuperó su navío, sin verse obligado a derramar más sangre.

Transmitió inmediatamente a Robinson el feliz éxito de su empresa, mandando tirar siete cañonazos, como habían precisamente acordado con él. Estaba en la playa Robinson, consumido de zozobras e inquietudes; y al oír el estampido de los cañonazos se sintió lleno de júbilo ante aquella venturosa señal.

Vuelto a tierra el capitán, apretó del modo más tierno a Robinson; y alargando la mano hacia el navío, le dijo:

Amigo querido y libertador mío, ahí está el navío que le pertenece a usted igualmente que nosotros y cuanto poseemos.

Volvió en esto Robinson la vista hacia el mar, y vio efectivamente, anclado muy cerca de la orilla al navío; pues el capitán había mandado acercarse hasta allí.

Nuestro amigo estaba tan poseído de alegría, que por mucho tiempo permaneció incapaz de articular una sola palabra. Vuelto en sí, abrazó repetidamente al capitán, reconociéndole por su libertador, y diciéndole, con las más afectuosas palabras, que le miraba como a un hombre enviado por el cielo en socorro suyo. Pero el capitán quería ser el favorecido; lo cual dio lugar entre ambos a una larga porfía de gratitud y generosidad.

Terminadas estas protestas y cordiales desahogos, dijo el capitán a Robinson que había traído del buque algunos refrescos, y mandó a la gente de su lancha que pusieran en tierra los presentes destinados al señor gobernador: era, en efecto, un presente digno de un gobernador, y de un gobernador que debería permanecer en la isla, y no que estuviera dispuesto para embarcarse, como Robinson iba a practicarlo.

Consistía este regalo en un azafate lleno de algunas botellas de agua cordial.

También había otras siete de vino de Madera, dos libras de excelente tabaco, dos grandes pedazos de carne de vaca, otros seis de tocino, un costal de garbanzos, y unas cien libras de bizcocho; un

cajón lleno de azúcar, dos botellas de zumo de limón, y un sinnúmero de otras cosas útiles y agradables. Pero lo que dio más gusto a Robinson, fueron seis camisas flamantes, otras tantas corbatas muy buenas, dos pares de guantes de abrigo, un par de zapatos, otro de medias, un sombrero y un traje completo.

Habiendo hecho Robinson llevar todos estos objetos a su morada, púsose a deliberar con el capitán sobre lo que debían hacer con los prisioneros. La cosa merecía ciertamente la pena, particularmente con respecto a los dos jefes de los amotinados cuya obstinada e incorregible maldad era conocida. El capitán aseguró que los buenos tratos eran tan poco capaces de reducirlos como los castigos; y que si él los tomaba bajo su cargo, sería únicamente para llevarlos, con grillos, a Inglaterra, o a la primera colonia inglesa, a fin de ponerlos en manos de la justicia.

Como el capitán era bastante humano para no tomar este partido más que con pensar, le dijo Robinson que él sabía un medio de mover a aquellos dos malvados a pedirle como una gracia la licencia de quedarse en la isla.

Habiendo recibido plenos poderes sobre este particular, envió a Viernes y a otros dos parciales suyos a la gruta, para que recogieran y llevaran atados a su casa de campo a los cinco marineros y les encargó que los vigilaran y guardaran allí hasta su llegada.

Llegó a ella, algún tiempo después, vistiendo el traje que le había regalado el capitán, y acompañado de este oficial. Le trataron entonces solemnemente de

gobernador. Se hizo traer a su presencia los prisioneros, a los que dijo que se hallaba perfectamente enterado de su conspiración, y de las medidas que ellos juntos habían tomado para dedicarse a la piratería con la nave de que se habían apoderado; que a su *nuevo capitán*, en premio a su traición, le verían al instante ahorcado en la verga mayor; y que en cuanto a ellos, tendría a bien saber lo que tenían que alegar para que no se viera obligado a castigarlos como a piratas cogidos en el hecho.

Uno de ellos respondió que no tenían nada que alegar en favor suyo, sino que el capitán les había prometido la vida, y que pedían su gracia. Robinson repuso que no sabía muy bien qué gracia le era posible acordarles, supuesto que él iba a salir de la isla y embarcarse para Inglaterra, y que, con respecto al capitán, no podía llevarlos más que atados, y con la mira de entregarlos a la justicia, como amotinados y piratas, lo cual les conduciría en derechura a la horca; y que siendo así, el no hallaba mejor partido para ellos que el de que se quedaran en la isla, que él iba precisamente a abandonar con toda su gente.

Pareció que recibían esta propuesta con reconocimiento, diciendo que ellos preferían infinitamente más aquella morada a la suerte que les aguardaba en Inglaterra; pero el capitán aparentó no aprobarla. Robinson afectó decirle, con airado semblante, que ellos eran prisioneros suyos, y no del capitán; que habiéndoles ofrecido su perdón, no era capaz de faltarles a la palabra; y que les pondría en libertad como los había ha-

llado, salvo que el capitán corriese tras ellos, y los volviera a coger, si le era posible.

Hízolo tal como lo había dicho; y habiéndoles quitado sus ataduras, les dijo que se fueran a los montes, prometiéndoles dejarles armas de fuego, municiones y las necesarias instrucciones para vivir con comodidad. Participó después al capitán su designio de permanecer todavía aquella noche en la isla, a fin de prepararlo todo para su viaje, rogándole, sin embargo, que volviera al navío para ponerlo todo en orden.

Luego que hubo partido el capitán, mandó Robinson que vinieran a su habitación los cinco marineros. Hallándolos siempre resueltos a quedarse en la isla, les indicó todas las particularidades de aquel sitio, y les enseñó el modo de hacer pan, de sembrar las tierras, y secar las uvas; en una palabra, los instruyó sobre cuanto podía hacer más cómoda y agradable su vida.

Dejóles algunas armas; cinco mosquetes, tres escopetas, otros tantos sables y un barril y medio de pólvora.

También les enseñó de qué manera había logrado criar las cabras, y hacer queso y manteca de vaca. Además de esto les prometió hacer de modo que el capitán les dejase una mayor provisión de pólvora, y algunas semillas para las huertas.

... ..

Claro que puede parecer inhumano y en rigor lo es, lo hecho por Robinson y el capitán dejando en aquella isla a los prisioneros. Indudablemente hubieran

obrado mejor llevándoselos y viendo de mejorar su condición moral.

Pero el egoísmo muchas veces se sobrepone a todo, y nos hace ser crueles y despiadados. Pidamos a Dios que si en algún trance apurado sentimos alzarse en nuestro interior la voz del egoísmo, nos permita ahogarla con la más cristiana voz del amor a nuestros semejantes y de la generosidad.

... ..

La partida

Habiéndose acercado la lancha a la playa en la siguiente mañana, saltó Robinson a ella con Viernes llevándose consigo las pocas alhajas y el dinero que había mirado con tanto desdén en otros tiempos. No se olvidó de su quitasol, gorra, ropón, y viejo papagayo; eran unos recuerdos de su desgracia, que debían honrarle en todas partes, y que él se proponía ciertamente mostrar en Inglaterra a sus antiguos conocidos si los volvía a hallar con vida todavía.

Los ingleses que dejaba en su isla le condujeron hasta la chalupa, renovándole sus gracias y promesas de conformarse con su suerte y con las instrucciones que él les había dado.

Habiendo llegado Robinson al navío, obtuvo que se enviasen todavía algunas provisiones más a aquellos desgraciados desterrados.

El viento era favorable, y el navío se hizo a la vela antes de acabado el día. Permaneció Robinson con los ojos clavados en su isla, mientras pudo verla y, al dejarla, sintió hondo pesar; nos ape-

gamos con el hábito a los sitios mismos en que hemos sido desdichados.

Luego que hubo dejado de ver la tierra hospitalaria que le había libertado del furor de las olas, se postró en tierra para dar gracias a Dios que le había preservado de todo mal y que le permitía de tal manera poder regresar a su país.

Hacía doce años, dos meses y diecinueve días que estaba viviendo Robinson en aquel verdadero destierro.

CAPÍTULO XV

Robinson llega a Inglaterra

Según estaba convenido, antes de hacerse a la vela para Europa, hizo escala el navío en la isla en que se hallaban los infelices náufragos españoles y portugueses; para dar con ellos, Robinson había comisionado al español y al padre de Viernes. Hallados éstos, el capitán les tomó a bordo, después de haberles participado que su libertad era una de las condiciones que Robinson le había impuesto. Todos se echaron al cuello de su libertador, con enajenamientos y muestras de gozo y gratitud superiores a cuánto pudiera sugerir la narración.

El padre de Viernes se había hecho inseparable del bienhechor de su hijo y de éste mismo, y también se embarcó.

La navegación fue de las más felices. En veinticuatro días pudo llegar el navío al puerto de Cádiz, en donde dejó a los españoles y portugueses.

De allí empleó todavía poquísimos días para llegar a Portsmouth, que es uno de los principales puertos de Inglaterra.

Una vez Robinson en su patria le faltó el tiempo para volar hacia los lugares en que había dejado a su familia, hacía ya unos veinte años, en el dolor y la desesperación.

Luego que vio las torres de Hull, se le partió el corazón al recuerdo de los suyos: ¿vivía su padre todavía? o bien ¿había bajado a la sepultura maldiciendo a un hijo ingrato que había causado el martirio de su vejez?

... ..

Sus padres habían muerto y se había extinguido toda su familia, a excepción de dos hermanas y dos hijos de uno de sus hermanos; y como desde mucho tiempo se le tenía por muerto, nada le reservaron en el reparto de la herencia. En una palabra, no encontró ni apoyo ni auxilio, y el pequeño capital de que disponía no era suficiente para establecerse en el mundo.

Recibió, no obstante, una prueba de gratitud inesperada: el capitán a quien tan felizmente había salvado con su buque y su cargamento, hizo a los armadores una entusiasta relación de la manera cómo Robinson había salvado buque y tripulación, y ellos le invitaron, en unión de algunos mercaderes interesados, a que fuera a verlos, y todos juntos le honraron con muchos elogios por ello y con un regalo de cerca de doscientas libras esterlinas.

Tras de muchas reflexiones acerca de su posición y de los escasos medios con que contaba para vivir, resolvió marchar a Lisboa, con objeto de ver si podría lograr algunos informes acerca del estado

de su plantación en el Brasil y de lo que había sido de su socio, quien, como era de suponer, haría muchos años que debía de contarse en el número de los muertos.

A este fin, embarcóse para Lisboa, donde llegó en el siguiente mes de abril. Viernes le acompañó en todas estas correrías, mostrándose siempre el más fiel y abnegado compañero.

Después de su llegada a Lisboa y tras de algunas investigaciones, encontró, con grandísima satisfacción suya, a su antiguo amigo el capitán que en otro tiempo le recogió en el mar en la costa del África. Viejo ya, había abandonado el mar, dejando el buque a su hijo, que ya no era joven, y continuaba comerciando con el Brasil. El anciano no le reconoció y él apenas pudo reconocerle; pero recordóle en breve cuando le hubo dicho quién era.

... ..

La familia que restaba a Robinson le había visto regresar sumamente gozosa; y todos se apresuraron a hacerle olvidar cuánto había padecido, multiplicando los agasajos y amistosos testimonios de afecto. Viernes y su padre hicieron bien presto parte de aquella familia, cuyos individuos todos quisieron servirles de guías y protectores.

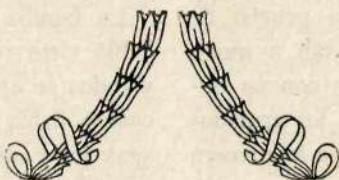
Robinson continuó aún por algún tiempo más su vida pasajera y de aventura. Y ya fatigado y envejecido, fijó su residencia definitivamente en el país que le había visto nacer. Era por todos sus comarcanos conocida su historia, y todos sentían admiración y afecto por él. A los jóvenes que le daban el parabien por el

valor y habilidad con que había sabido señorear la fortuna en su isla, les respondía:

Toda mi fortaleza, hijos míos, me vino de Dios; mientras yo le desconocí, todo fue desorden y confusión en mí. Ofreciéndole mis pesares, templé mis horas de desesperación; y ofreciéndole mis tareas, las hice fructificar. Pero por más gracias que él derramaba sobre mí, sufría yo todavía muy cruelmente con la memoria de mis faltas. Si queréis, hijos míos, tener la paz del corazón, sin la que

no hay verdadera felicidad, no despreciéis los consejos de vuestros padres ni ceséis nunca de tributar a Dios el homenaje que todos le debemos.

Y sabed moderar siempre vuestras ansias. Que nadie malogre la felicidad que pueden brindarle sus padres, que son todo amor para sus hijos, y que no esterilice su vida buscando en falaces aventuras una dicha que casi siempre tanto menos se logra cuanto más lejos se busca.



INDICE

Capítulos	Páginas
I. — Robinson hace la relación de sus primeras faltas	7
II. — Naufragio	11
III. — Robinson pasa nadando al navío	14
IV. — Robinson vuelve muchas veces al navío y se construye una morada fortificada	20
V. — Industria y trabajos de Robinson	22
VI. — Terremoto. Enfermedad de Robinson	27
VII. — Cura de Robinson; visita su isla	32
VIII. — Penosos trabajos de Robinson para construirse una canoa. Otros trabajos para rehacer su indumentaria	40
IX. — Robinson consigue botar una canoa, de la cual se sirve para dar una vuelta a su isla, por mar	44
X. — Robinson vuelve a su caverna en la que continúa sus trabajos. Muere su perro. Paseándose por la playa, ve la señal de un pie y halla los despojos de un festín de antropófagos.	45
XI. — Robinson lucha contra los antropófagos y pone en libertad a una de sus víctimas	51
XII. — Robinson da el nombre de Viernes al salvaje que ha liberado. Le instruye y asocia en todos sus trabajos. Nuevos compañeros de infortunio.	58
XIII. — Llegada de un navío europeo cuya tripulación se había sublevado	66
XIV. — Robinson ayuda al capitán a recobrar su barco, y se embarca para Europa. La partida	71
XV. — Robinson llega a Inglaterra	80

